

CRONICAS DE EL HACHERO

JULIO CESAR PUPPO



BOLSILIBROS ARCA

pieri

Crónicas de El Hachero

JULIO CESAR PUPPO

Crónicas de El Hachero

ARCA / Montevideo

Arquímedes 1187, Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay; Printed in Uruguay
Edición amparada en el art. 79, ley 13.349

> Son crónicas de El Hachero. Este nombre se da en el fútbol al que prefiere emplear el juego ilícito, al margen de los reglamentos. Lo he adoptado porque yo también empleo un lenguaje —ese mismo lenguaje popular— que podría calificarse de ilegal, gramática en mano. Soy pues, un hachero de la literatura. Y no me acuso de ello; simplemente informo. — El Hachero. (Prólogo a las **Crónicas de El Hachero.**)

Fuimos amigos. Lo leí desde niño en "Peloduro", "El País" y "Fútbol-Actualidad". Crecí, leyéndolo. Aprendí a fumar, leyéndolo. Descubrí el tango, leyéndolo.

Cuando lo pude conocer, él ya era viejo. Las fotos dicen que tuvo pelo y parece atractivo. Cuando lo encontré tenía una pelada entera, a lo Von Stroheim, unos ojos tan chiquitos y nerviosos con bolsas abajo, orejas largas y puntiagudas, a lo diablo. Parecía un monje libertino, de esos de los que se habla en las historias medievales.

Armaba. Tomaba mucho (caña) y hacía propaganda de la "asquerosa vieja". "Desconfío de un tipo que toma leche". Era anarquista –según él–. "Ahora que si tal cosa es ser comunista, y tal otra, y tal otra. Entonces, yo debo ser comunista".

Era sensiblero, más cuando escribía que cuando hablaba, pero no sentimentalón y si no lean atentamente "El remate del pur sang".

Humilde. Una vez alguien le dijo que él era el Mariano José de Larra nuestro. El le respondió (había mujeres): No embromes. Vos estás mamado –y luego, me miró preguntando:– No te parece. Yo le dije que sí,

aunque pensara que no, porque de haber hecho lo contrario hubiera echado a perder la noche y su amistad.

Usaba sombrero y no le gustaban los viejos. Las mujeres sí, mucho. Y la música, y no desafinaba cuando cantaba aunque sí cambiara las letras.

Con el tiempo, su estilo cambió. Se modernizó y "cada vez escribía más" aunque por adentro era igual. Y le gustaba hablar de las cosas que escribía, pero no de cómo las escribía. ..

..Lo reventaban las convenciones. No visitaba enfermos. Tampoco quería que lo fueran a visitar cuando él lo estaba.

Nunca conocí su casa porque nunca me invitó.

Editó, en vida, "Ese mundo de el Bajo" (Ed. Arca, 1966) y las "Crónicas de El Hachero" (Ed. Nueva América) ambas ediciones agotadas.

Hoy, la suerte, sí, la suerte y la audacia me han convertido en un seleccionador de sus notas, y en una especie de "viuda de Gardel" que detesto.

El Hachero se hubiera merecido un análisis literario —como corresponde a un buen escritor— que no hago porque no me gusta "payar" y además porque no estoy "mamado".

Su viudez, es de quienes la merecen ,esa cantidad de viudas verdaderas de aquellos ranchos del Buceo, a las que él siempre recordó con tanto amor.

A la que robó el banco para el rancho o a la que soportó con él los nervios de la final del Mundial del 30, a todas ellas, a esas "Mimí estilizadas a fuerza de ayuno", a todas ellas a las que me atrevería a dedicar esta selección de lo que escribió su compañero.

Jorge Sclavo

EL HACHERO ENTREVISTADO POR JULIO C. PUPPO

Repórter. — Ya que hablamos de popularidad, ¿qué significa eso para vos?

Hachero. — Te voy a contestar por medio de una figura: la popularidad significa una mano de hierro que se te prende de un brazo e impone: "Esta vez no me vas a despreciar; tomate la penúltima".

Repórter. — ¡Pero no me vas a negar que el periodismo tiene sus satisfacciones!

Hachero. — Si has sido bueno y honrado, cuando mueras vas al cielo!

Repórter. — Lo tomás a broma; ¿te parece malo eso?

Hachero. — Me parece molesto; más ahora que el paraíso debe estar superpoblado con los angelitos que esperan algo de la Alianza para el Progreso.

Repórter. — De todos modos, estarás rodeado de angelitos!

Hachero. — No me convencés. Imaginate cómo es la cosa: llega el angelito al cielo y te lo sientan en una nube superpullman y le dan un arpa o una flauta o un violín y el pobrecito angelito de Dios se pone a rascar y aquello debe ser un programa de TV continuado para peor.

Repórter. — Pero también hay angelitas, ché, que han sido las mujeres buenas, honradas, hacendosas...

Hachero. — Sí, sí, sí; justamente las que no me van a dar audiencia!

OPINION SOBRE EL AMOR

Repórter. – Y a propósito de mujeres, ¿qué te gusta más: una negra limpia o una blanca sucia?

Hachero. – Prefiero una negra limpia.

Repórter. – ¿Por qué?

Hachero. – Porque para mí no hay ni blancas ni negras ni altas ni petisas ni inteligentes ni brutas. Hay limpias y sucias, nada más.

Repórter. – ¡Que te tiró, viejo! ¡Hablás como Enrique IV! Y decime: ¿creés en el amor?

Hachero. – Creo, pero no en el amor eterno. Para mí, el contrato matrimonial debería renovarse cada cuatro años que, he visto, es el límite de capacidad tanto para el hombre como para la mujer.

Repórter. – ¿Te parece que es delito en el hombre llorar por una mujer?

Hachero. – Según la hora; de noche y con copas es un buen ejercicio sentimental. Además, hay que tener un perro a mano para decirle que es el único amigo del hombre y que "mujeres y perras tuito son lo mesmo".

OPINION SOBRE EL PERRO

Repórter. – ¿Y vos creés que efectivamente, es el mejor amigo del hombre?

Hachero. – No irás a hacerme el chiste de que le pida diez pesos prestados!...

Repórter. – No; es una pregunta honrada.

Hachero. — Creo; además, creo que el mejor amigo del perro es el bichicome, que lo tiene siempre gordo, que se priva de su comida para dársela, aparte de que le otorga una libertad que es lo que más vale para el can.

Repórter. — ¡Veo que conocés bien la materia!

Hachero. — Al perro le das de comer y chau. No te pregunta a dónde vas, ni a qué hora vas a volver, no tenés que aguantar su charla insulsa y, de premio, invitarlo con el copetín y llevarlo a comer y después al cine y entretenerlo con las pavadas que decís vos mismo y acompañarlo hasta la casa y ya en la puerta, esperar que diga que le gustaría mucho tener una carterita de antílope. ¿Calás?

OPINION SOBRE LA VOCACION

Repórter. — ¿Cómo elegiste la profesión de periodista?

Hachero. — No la elegí, caí en ella. Si me hubieran dejado elegir habría sido maquinista de ferrocarril que fue lo que más me entusiasmó siempre. Creo que a todos nos sucedió lo mismo.

Repórter. — Sin embargo, todavía estás a tiempo.

Hachero. — No, ahora es muy distinto; esos motocars cuadrados, sucios, con mal olor, no que echan fuego por los costados, ni humo, ni lanzan bufidos, no tienen personalidad, como la tenían las locomotoras poderosas, llenas de sudor, que los poetas de antes llamaban "monstruos de acero".

OPINION SOBRE LA MORAL

Repórter. — Una cláusula moral pide una buena acción cada día: ¿la cumplís?

Hachero. — Del mejor modo posible: por ejemplo, si se atasca un auto en medio de la calle, voy y ayudo a empujarlo. Otra; cuando pasa un ómnibus con el destino equivocado, en seguida le hago señas al conductor y, además, soy siempre el primero en llegar al boliche con las tres cifras en la cabeza y, muchas veces, en asombrarlos desde la puerta con el dato: "¿ A qué no saben quién está preso?

....

Hachero. — Decime la verdad: estás esperando que haga un chiste para decir: "...y con esto dimos por terminada la entrevista con el estimado colega". ¿No es así?

Repórter. — No te lo puedo ocultar; estaba esperando eso!

Hachero. — Bueno, por esta vez perdoname la falta. Total, somos pocos y nos conocemos!...

LOCURAS DE PRIMAVERA

La llegada de la primavera, ese clima cordial, parece que rejuveneciera la sangre sugiriendo grandes ideas, infundiéndonos un dinamismo que no sospechamos tener.

Se siente el impulso de hacer, de obrar. De ser escritor, uno escribe: de ser torero, torearía; de ser guarda, en fin, treparía a un pedestal y desde allí, señalando al infinito, podría gritar con toda su inspiración: "Más adelante!".

Pero yo en aquel tiempo no era nada. La primavera me sorprendió sin oficio. Apenas cronista de box en un momento en que no había boxeo. Como quien dice: un disfrazado sin carnaval.

Entonces, sucede con frecuencia, que lo que no podemos realizar nos contentamos con soñarlo, y el primer paso para ello consiste en vaciar unos copetines.

Así llegué al rancho aquella madrugada. La muchacha —¡pobre Mimí criolla estilizada a fuerza de ayunos! — todavía no estaba acostada. Había muerto una vieja al lado y siempre que moría alguno se ponía muy pensativa.

Algo que nunca pude explicarme y que observé también en el perro. Cada vez que aparecía alguna gallina colgada en la cocina lloraba desconsoladamente. Quizá presintiera en ello, su destino.

—Vieja, ponete el saco que vamos a dar una vuelta por la costa.

—¿Tás loco? ¿Qué ocurrencia es ésa?

—¡Vamos, no seas boba; que la noche tá macanuda!

Lo estaba efectivamente. Aquel cielo alto picado de estrellitas; aquel olor fresco a pasto y a salitre; ese mar oscuro y misterioso que rezongaba su cansancio...

Empezamos a cantar. Primero, bajito; después, más fuerte, y las voces rebotaban en el espacio y se tiraban lejos, rodando, rodando...

Los dos solos, en medio de esa noche tibia, primaveral, deberíamos estar magníficos. Nos besamos.

—¡Vieja!...

—¿Qué, negro?

Me había asaltado una inspiración repentina; un proyecto realizable, quizás el único en esa noche que encendía los nervios. Le señalé hacia la sombra de una verja:

—Mirá qué lindo banco!

—Pero¿ vos tás loco? Si nos llega a ver alguno?...

—No seas boba; vamos.

La pobre era muy débil y acató mi sugestión. Temblando, se aproximó al banco, lo tomó por un brazo, siguiendo mi ejemplo, y empezamos la marcha.

—Pero nene, ¿para qué lo queremos?

—Vos dejame: ¡para sentarnos!

Aquel demonio de banco pesaba una enormidad. Las patas nos golpeaban en las canillas obligándonos a dar pasetes falsos. Como potrillos. A las cuatro cuadras no podíamos más. Jadeantes, exhaustos, doblados, hombre y mujer en ese riguroso esfuerzo de solidaridad, deberíamos semejar alguna de esas estampas del Exodo.

—Viejo, ¡mirá!

—¿Qué? ¿Lo qué?

Lo que se presentó a mis ojos, y más que eso, lo que súbitamente me vino a la imaginación, fue terrible.

Corriendo, con los brazos abiertos, con el capote abierto como las alas de un vampiro gigante, se aproximaba un guardia civil.

Tiramos el banco y empezamos a correr nosotros también. Pero mi desdichada amiga, con sus taquitos altos, con sus tobillos flojos y quebradizos, no podía continuar mucho tiempo. Era inútil, pues, huir. Esperamos. Como dos niños sorprendidos en una huerta, contra el alambre.

—¿Qué hacían ustedes?

La pregunta estaba demás, lo mismo que la respuesta. Sin embargo nos ajustamos a estas elementales fórmulas sociales.

Con gesto desolado, en que no había la mínima ficción, le señalé el banco.

—¿Dónde lo robaron?

—Allá...

—¿Y ustedes saben lo que les espera?

¡Si lo sabría! Lo que nos esperaba era que nos harían culpables de todos los robos por allí ocurridos. Lo que nos esperaba eran las fotografías de frente y de perfil, las impresiones digitales, las rejas...

El temor me hizo locuaz; expliqué al agente mi situación con términos sinceros, con expresiones de franco arrepentimiento. Le hablé al alma: a su corazón de hombre,a su conciencia de funcionario. Y conseguí que, al menos, no llevara a la muchacha. Pero todo ese trabajo también fue inútil. Ella no quería irse sin mí. Se empeñó. Su gesto tenía algo de heroico, de abnegado y valiente cuando se prendió a mi brazo, con la frente levantada, acusando su decisión.

Parecía una de aquellas mujeres fuertes de la historia que en un desprendimiento sobrehumano, en un sacrificio de sí mismas, dijeran a su compañero:

—"Viejo, tome la garabina y vaya a matar salvajes unitarios".

Era así. Tuvo esos rasgos de fidelidad, de cariño, siempre, hasta el día que se me escapó con un violinista. Tenía esos rasgos enternecedores, admirables, con que al fin tocó la sensibilidad del buen guardián, paisanito derecho, comprensivo, noble.

Estoy seguro por eso, que tenía éste los ojos llenos de lágrimas, igual que yo, cuando dijo, en un acento fraternal:

—Bueno; yo no les viá'acer nada. Lleven el banco.

Le regalé todo lo que tenía en el bolsillo, que eran dos pesos; lo abracé efusivamente, lo llamé "gaucho lindo", le indiqué la redacción del diario en que trabajaba —por si alguna vez necesitaba algo— y tomamos el banco y volvimos para atrás.

Otra vez los golpes en las canillas, otra vez los pasetes falsos y los saltitos, como si nos pincharan con una picana. Otra vez la misma escena del guardia civil corriendo hacia nosotros, con las alas abiertas, cuando apenas habíamos hecho unos doscientos metros.

—¿A Dónde van?

—A ponerlo donde estaba...

—No, hombre; llévenselo pa su casa.

Ustedes creerán que eso nos produjo una gran satisfacción. Se equivocan. Nos miramos, ella y yo; las miradas cayeron doloridas al banco; medimos la distancia recorrida y la que tendríamos que recorrer, y sentimos una profunda depresión moral. ¡Otra vez para atrás!

Torcidos, desfallecientes, golpeados, arrastrando los pies, parecíamos los barqueros del Volga. Qué castigo, señor! Castigo interminable!

Llegamos al rancho y el banco no cabía. Para meterlo hubiésemos tenido que sacar la cama. No podíamos, tampoco, dejarlo afuera, a la vista de todos. ¿Entonces?

Volvimos a mirarnos, volvimos a mirar el banco y, sin hablarnos —que no hubiéramos podido con las ganas de llorar que teníamos— lo tomamos por los brazos y salimos: yo adelante, ella atrás, separados por el banco como por una maldición, aferrados a él como a un destino.

¿Estábamos condenados a banco perpetuo? Llegué a temerlo. Quién sabe, todavía, lo que podría sobrevenir!

Así, pues, nos abrazamos y nos besamos, más alegres que si hubiésemos huido del infierno, cuando el maldito mueble volvió a su antiguo rincón, al lugar donde lo habíamos tomado. Una sensación amplia de libertad nos llenaba el alma. Daban ganas de descalzarse y ponerse a correr.

Efectivamente, yo había estado loco, como decía ella. Pero ya éramos libres y dichosos.

Transcurrió un par de meses. No había olvidado aún aquella severa enseñanza, ni habían desaparecido totalmente los machucones de mis canillas, cuando una noche se me presenta el guardia civil en la redacción:

—Como usté me dijo que si precisaba algo...

—Ah, sí! Macanudo, viejo —le dije con fingido humor, pero molestado por la idea de que aquel hombre se sintiera con algún derecho sobre mí—. Sí; hizo bien en venir!

Le dí cincuenta centésimos. El oficio no daba para más. Y al mismo tiempo me propuse descartarme de ese sujeto que tenía toda la apariencia de un chantajista.

—¡Qué clavo con el banco! No supe dónde ponerlo.

Me hizo una guiñada cordial, como si ocultara un secreto familiar que reservaba para último momento, y dijo persuadido:

Era un banquito macanudo, amigo!

—Sí... pero no me sirvió para nada.

—¿Cómo amigo? ¿Y para sentarse?

Evidentemente, no creía en mis palabras. Suponía que al restarle méritos al banco me proponía desmerecer su buena acción para conmigo y retirarle, en consecuencia, la protección o ayuda prometidas.

—Sí; tuve que volver a ponerlo donde estaba!

Esta revelación le cayó como un balde de cemento. Se fijó en mí extrañado, huído; miró los cinco reales que tenía en la mano como si estimara injusta esa recompensa; volvió a fijarse en mí angustiado, pensativo, quizás defraudado en sus más sanas intenciones.

Me dio lástima. Me arrepentí de haberle hecho ese desprecio a él, que tan noblemente se había portado conmigo. Bajé los párpados avergonzado y permanecimos así, en silencio, unos minutos; no sé cuantos. Hasta que él, siempre mirando al suelo, habló con voz entrecortada:

—Ahora estoy en el Parque Durandeau... Allí no hay nada para robar... Pero cuando tenga una parada buena, vengo y le aviso...

Aquel muchacho era, sin disputa, un hombre honrado.

Debo a una locura primaveral, el haberlo conocido.

UNA VIDA EXCEPCIONAL

Era una cuestión prevista: Andrade tenía que terminar así, porque fue siempre así: desaprensivo, indiferente para con todos, incluso consigo mismo.

Una vez —hace algunos años— escribimos algo de Andrade en "El País".

Fue en vísperas del Campeonato Mundial. Nos ocupamos especialmente de él, porque habíamos sorprendido en la vidriera de un cambalache uno de sus trofeos olímpicos: la medalla de campeón. Allí, al lado de un clarinete adusto y negro como un cura, entre un par de espuelas —sin dientes ya las pobres, de tanto morder caminos— y unas bolas de billar cansadas de rodar, allí, el pequeño disco de oro escondía su vergüenza al comentario mordaz e intencionado de las gentes.

Daba lástima y por eso escribimos.

A veces, escribir es como cantar: dulcifica las tristezas.

Otras veces es como una confidencia, que alivia las amarguras.

Por eso escribimos.

Aquella medallita rubia, había nacido para arrimarse, mimosa, al pecho de un campeón y soñar allí al ritmo sereno de un corazón fuerte. Pero el hombre desaprensivo la arrojó a la vida. La mandó al asfalto como se manda a un clarinete o a un puñal.

Esto sólo pintaba la psicología de Andrade. Y adivinamos lo que habría de suceder más tarde, cuando

aquellas piernas oscuras y finas empezaran a hundirse en los años y las visagras enmohecidas por muchas lluvias empezaran a chirriar.

Lo predijimos.

Andrade vivió con la precipitación e indiferencia de los triunfadores. Pareció que la vida se le entregaba para siempre y sin condiciones.

El pardito humilde, que se pasó los días fumando, arrimado a un buzón de la Estación Pocitos y en espera de que alguno lo invitara con un vinito de a vintén, subió rápidamente sobre las multitudes y las conquistó y despreció ensoberbecido.

Fue a París. Como el tango.

Se cambió la gorra grasienta y las alpargatas destripadas por el capelo clarete que le hacía sombra sobre los ojos y las botitas de charol que iluminaban todavía más, aquellos pies privilegiados. Y lo bailaron las francesitas y lo acercaron a su corazón. Era el tango, era. Reo, compadre, varón y cruel. Era el tango que triunfaba arrollándolo todo.

Por eso, en lo mejor de su vida, cuando se le ofrecía la fortuna con los ojos ciegos y las mujeres con los ojos entornados, se desprendió de aquella medallita, que para él no tenía otro valor que el de todas las cosas de la tierra. Es decir, ninguno, porque todas las conseguía fácilmente.

Espíritu excepcional el de este negro que no conmovieron las glorias ni quebraron las miserias.

Tipo admirable que vio con indiferencia pasar a su lado el triunfo y la celebridad y soportó con la misma hidalguía y entereza las horas tristes de la decadencia.

Cuando estaba en su apogeo, Andrade, más de una vez creímos descubrir en la mueca desdeñosa de sus labios y en sus ojos entornados que parecían mirar siempre a la distancia, un infinito desprecio hacia quienes le rodeaban y proclamaban como ídolo. Entonces pensamos que el tiempo habría de castigar cruelmente su altivez.

Pero poco más tarde volvemos a ver a Andrade.

Había perdido su brillo y su fama. No interesaba a nadie. Había perdido sus amigos de las épocas buenas y cuando volvió al barrio tampoco encontró allí una mano que se extendiera fraterna. Había perdido todo.

Todo menos su gesto despectivo, y la gallardía de su estampa y la indiferencia altiva hacia este mundo nuestro.

Porque es así: duro, impenetrable tanto al odio como a la ternura.

Esa nota que publicamos lo molestó. Quienes lo vieron en aquel momento dicen que tomó el diario y lo deshizo en virutas.

Más aún, prometió tomarse venganza.

Pero pasaron dos meses, no más, y una noche de Carnaval nos encontramos a Andrade confundido en una agrupación de negros frente a la redacción del diario.

El tambor cruzado al pecho, los ojos cerrados en un profundo éxtasis, el oído dormido sobre el canto armonioso y dulce de los pinos. Andrade, olvidando todo resquemor, venía, él también, a ofrendarnos su simpatía con el alma puesta en el parche.

En París fue la novedad. Se le dispensó una admiración supersticiosa. Se lo disputaron las lindas francesi-

tas como a un extraño amuleto, con algo de temor, algo de curiosidad y quién sabe qué extraño sensualismo salvaje.

Una vez el loco Romano lo fue a buscar a una dirección que el mismo José Leandro le había dado.

Llegó frente a un suntuoso apartamento y pensó: "Me habré equivocado". Igual se resolvió. Y allí, su sorpresa no tuvo límites. Ante la invocación de una doncella a quien lo único que se le entendía era "mesié Andrad", apareció José Leandro vistiendo un regio kimono de seda, en aquellas habitaciones llenas de pieles, de estatuitas, de "abat jours" y perfumes.

Un par de días más tarde Andrade andaba de nuevo suelto. Lo aburría el amor, lo ahogaban las pieles, lo asfixiaba ese aire cargado de esencias, a él acostumbrado a respirar fuerte en la costa de Palermo que bendice el mar, y a recibir con el pecho descubierto el sol picante de la muralla.

Así, despreciándolo todo, se precipitó el triste final. Andrade, en la miseria, fue a parar a un sanatorio de enfermos pulmonares. Sus amigos le organizaron algunos festivales de beneficio que nunca se realizaron. Ahora —qué diablos!— ahora Andrade no interesa.

Hay algo de admirable y de grande en todo esto. Algo admirablemente dramático en esta vida original, personalísima, que se despegó de un buzón hediondo a perros, y se levantó hasta los labios perfumados de las finísimas parisinas, para ser devuelto a la calle, más pobre y abandonado que antes. Hay hasta poesía. Hay, sí. Poesía de arrabal: letra de tango.

ENTRETENIMIENTO INOCENTE

Llegó tranquilo. Con las manos hundidas en los bolsillos del sobretodo, con la panza erguida, adelantada como un espolón, estuvo allí un momento parado observando a los lados.

Hecha esta minuciosa recorrida de exploración, fijó la mirada en el field.

Fríamente. Sin mayor interés. Era un match de reservas —Peñarol y River— y eso no entraba en sus predilecciones.

Se recogió el sobretodo hasta la cintura, igual que si pensara entrar al agua y tomó asiento en las gradas.

Se trataba, sin duda, de un hombre serio.

Cuando el juez cobró contra Peñarol un foul cometido por River, sonrió con amargura y decepción.

Cuando se repitió la escena, buscó con la vista a un vecino para comunicarle su desagrado, seguro de que lo compartiría aquél, y se hizo esta reflexión:

—Hay que embromarse!

En ese momento sacó del bolsillo un caramelo, lo limpió de las miguitas y pelusas que tenía adheridas, y se lo tiró de lejos a la boca.

Cuando el juez volvió a sancionar mal una falta, castigando a Peñarol, el hombre no pudo aguantar más y explotó:

—Ché, pobre hombre! ¿Quién te dijo que sos referí?

Existe una gran satisfacción, un buen desahogo en eso de gritarle al juez. Por un momento se tiene la impresión de que no volverán a reproducirse los errores.

Pero sucede siempre que la cosa es a la inversa, y el juez así maltratado empieza a fallar mecánica, rigurosa, sistemáticamente.

Entonces el hombre perdió la línea. Rojo como un ladrillo, enfurecido, brillante de rabia, le gritó:

—Ladrón, atorrante, chorro, bombero!!

Terminó el partido. El hombre —que ahora está nuevamente de pie— vuelve a escrutar las caras, vuelve a buscar un alma gemela.

No la encuentra.

Pero un acontecimiento sorprendente lo llena de júbilo.

—Oh, viene para acá, che. Viene para acá!

Se dirige a todos como un orador que incitara al motín.

El juez, en lugar de encaminarse al pasadizo subterráneo, como es costumbre, se dirige hacia la escalera de la Olímpica.

—Viene para acá?

La satisfacción, la alegría más intensa resplandecen en su cara roja. Es un delirio casi infantil.

Yo he visto a los canillitas, en determinado paraje de la calle 8 de Octubre, esperar el paso de los camiones que vienen —no sé de dónde— cargados de sandías.

En ese paraje hay un desnivel, como una zanja, donde el camión, a la carrera, da un salto, despidiendo fatalmente parte de su carga.

Y he visto a los chiquilines con una decisión salvaje, con un gesto voraz, zambullirse sobre las sandías abiertas y devorarlas con una fruición indescriptible.

La actitud de ese hombre esperando el pasaje del juez por la escalera me recordó aquellas escenas.

Quizá, él también, ahí mismo fuera a devorarle las entrañas. Corrió ágilmente hacia el borde del precipicio; el sobretodo, desprendido, le vuela detrás. De repente pierde equilibrio, pero sigue corriendo con un pie en el escalón y otro en el de arriba, como si tuviera una pierna más corta.

Hasta que llega al destino. Allí cuelga medio cuerpo para no perderse detalle del que sube la escalera. Con la boca abierta, los ojos salientes, parece una gárgola o alguno de esos otros monstruos.

El juez —pobre!— que es un voluntario, viene poniéndose el saco. Está en eso cuando un naranjazo le saca el sombrero limpito. Insulta. Los llama maulas a todos esos que forman una muralla de caras hostiles.

Se agacha a recoger el sombrero, y otro naranjazo le revienta en el lomo.

En ese momento, una cáscara le pasa silbando por el oído y le proporciona un ligero sobresalto.

En seguida otra por sobre el cráneo. Sube y baja la cabeza como tero de chacra. Las cáscaras llueven. A estar a esas manifestaciones, es indudable que no tienen interés en oírlo. Y el juez lo comprende así e inicia una retirada rápida. Se devora los escalones. De a tres, de a cuatro, pasan bajo sus piernas largas.

Lleva el pescuezo encogido, hundido entre los hombros. Sigue igualmente, con sus movimientos de terutero. Es posible que en este momento envidie la suerte

de los caracoles que se pueden meter enteritos dentro de sí mismos.

Las cáscaras siguen lloviendo hasta que el homenajeado desaparece.

El hombre se sacudió las manos, se acomodó la ropa, y satisfecho del deber cumplido volvió a su primitivo asiento, con la paz reflejada en el semblante, con la conciencia tranquila, con el corazón alegre.

Allá, en su casa, la señora que salió a la puerta a enterarse de los cuatro gurises, le explica a las vecinas.

—Sí, mi marido fue al fóbal. Es la única diversión que tiene el pobre! Bueno... cuando se llega a cierta edad! Pero ya las habrá hecho, él también, en su juventud! No vaya a creer. Ya habrá hecho de las suyas...

DOMINGO SIN FUTBOL

El tipo, sentado en el umbral, con los pies a medio estribar en las chancletas, consultó al canarito con una mirada vaga: ¿Y? Después, levantó el termo y sirvió otro mate. Iban como mil, ya. Desde las seis y eran las ocho! El sol aparecía de a ratos. En la boca del porongo flotaban algunos palitos náufragos. Era una mañana lacia, apagada, triste, precursora de quién sabe cuantos desengaños. Por de pronto, eso del fútbol aparecía tan turbio como el cielo mismo. Y un domingo sin fútbol!... Cuesta ché, conformarse! Cuesta transformar así, de un momento para otro, las costumbres de todo el año, de muchos años sin fallar un partido.

Empezó a llover. El tipo descolgó el pasulín del plátano y con la jaulita en una mano y el termo en la otra, embocó en el zaguán, cacheteando las baldosas con las zapatillas. Prefería cantar. Y desde la calle se oyó un murmullo igual al que hacen los nenes cuando les dan un carretel para que jueguen.

Imaginó el programa suplente. El boliche. Diez copas y aquello que sería fatal:

—¿Sos mi amigo o no sos mi amigo? Mozo, ¿se debe algo?

No, no. Debía huir de eso. Ya se tenía jurado por la vieja que no agarraría más viajes de copas... "Y con la

salú de la vieja no se juega —argüía sensatamente— porque madre hay una sola".

Entonces... ¿Ir al cine como los botijas? ¿Al sport?

Compró una bolsita de bombones y la escondió rápidamente. Si lo ven los muchachos, ni tomada de pelo! Y, al tranquito, enderezó para lo de la pebeta bajo ese sol pegajoso que resbalaba en las veredas mojadas.

Ella le había dicho:

—"Vos sabés que no te privo de nada, Juan Julio. Vos decís de ir al fóbal y entre nosotros ni un sí, ni un no. Pero el domingo que no haiga fóbal, vos te venís en casa, que yo no voy de madrina".

Así era como cumplía.

La paloma lo esperaba radiante, durita en sus ropas muy limpias; sonriente, fresca su carita inflada. El burro cayó azareado, con la cabeza baja. Las orejas calientes le parecían más grandes y caídas. Se tanteó los bombones: estaban allí. El problema, sin embargo, era decidirse a sacar el paquete y entregarlo con alguna elegancia sin colocarse orsay.

Se sentaron en el patio de baldosas coloradas, abajo del parral desnudo. Allí corría un airecito fresco.

—"Estate cómodo, Juan Julio" —había aconsejado la nena.

Y el tipo se quitó el saco y el cuello, mostrando en el centro del cogote, abajo de la nuez, el manchón violeta del gemelo de cobre.

Ya el muchacho agarró más confianza. Porque lo que pasa es una cosa. El no es tímido, pero acostumbrado como está a ver a su pebeta de noche, ese acontecimien-

to a la luz del día lo perturba. Parece que se le vieran todos los defectos, o sea los pelos de la oreja, los puntos negros de la nariz. Además, no es lo mismo para hablarse al alma, que sean las diez de la noche como las tres de la tarde. Y todavía otra cosa: que habituado al fútbol a esa hora, a dar rienda suelta a su entusiasmo, al delirio contenido durante toda la semana junto al torno, este cambio a que lo obligaba un domingo en blanco, lo tenían molesto, descentrado.

El no era tímido; estaba fuera de su ambiente, nada más.

Los tanos viejos prendieron la radio. —Si tan siquiera transmitieran las carreras!— Aunque él no es burrero, eh? Por esta cruz que no! Ya su cariñito le tiene dicho y repetido muchas veces:

—"Mirá, Juan Julio: no es porque vos esteas adelante, pero yo te perdonaría cualquier cosa menos que fueras jugador. Por mama que sí!"

Y orgullosa de su sensatez, ponía una carita tan seria y retobada y rica que daban ganas de encajarle un bife.

—"Ah, sí! Yo sí, Juan Julio, (sacá esa mano). Para mí, el hombre jugador está perdido. Que te guste el fóbal está bien, porque eso no es juego, como quien dice. Pero el juego por plata... Eso sí que no! ¿Qué porvenir para nuestros hijos hoy o mañana? (Sacá esa mano, negro!...). Decime: ¿qué porvenir? ¿Qué los señalen con el dedo..,

—"Pero mi santa!"

—"Es un decir, no más. Como quien dice, un ejemplo".

Quedaron mirándose a los ojos. Efectivamente, se amaban.

—"Van a escuchar al "Zorzal de Comercio y Comodoro Cué", —dijo la radio que siempre tiene salidas muy oportunas.

Cayó la tarde sobre las parras desnudas del patio colorado. La piba quedó lloriqueando en el zaguán y el tipo se encaminó hacia el boliche. Iba a olvidar.

El mostrador sintió el roce de diez vasitos corridos:

—¿Sos mi amigo o no sos mi amigo? A ver patrón: ¿se debe algo?

Estas consultas son, por lo general, el presagio de un acontecimiento mayor.

A las cuatro de la mañana el tipo se paseaba en la jaula de portland de la seccional. Cerraba un ojo para identificar los bombones y separarlos de ese masacote negro e informe.

Mientras, hacía el balance funesto de ese domingo sin fútbol:

—"Me amuró la chiquilina (y contaba un dedo), me palié con mi mejor amigo (dos dedos); me gasté la quincena en copetines (tres)... Y todo para qué? Para terminar aquí, en cana, en curda, con el lomo tan tirante que no puedo ni toser sin que se me agriete... Bah! Si yo siempre dije que el profesionalismo iba a ser la ruina del fóbal..."

EL MALVON DE LA CASITA

Nunca me hubiera imaginado que podría tomarle cariño a una planta. Ni yo, ni ningún otro hombre.

Se me ocurría que ésa era una debilidad reservada exclusivamente a las mujeres.

Sin embargo, por más que rueden años y años, por más que uno aprenda la vida y se ponga arisco y descreído, siempre aparece un motivo nuevo que trae al alma una nueva sensación.

En la puerta del rancho, a pocos metros, había un malvón tirado. Quién sabe quién lo abandonó allí, donde estaba triste y sucio. Acaso los viejos inquilinos, que, en el momento de levantar el niño se desprendieron de lo superfluo: el gato y el malvón.

La primera vez que lo vi me despertó un deseo banal: embocarle un salivazo. Desde el esçalón donde estaba sentado, escupí con fuerza, una, dos, diez veces, hasta que temblaron las hojitas acusando el impacto.

Entonces quedé tranquilo y conforme de mi puntería.

Pero el juego lo repetí cada vez que me hallé en la misma posición.

Así, durante muchos días.

Una tarde de intenso calor se me ocurrió echarle agua. Vi cómo la bebía ávidamente, cómo se coloreaban sus hojas, cómo brillaba alegre y risueño y eso me produjo una ligera satisfacción.

Me propuse hacer lo mismo frecuentemente y en esa forma fuimos trabando amistad hasta el momento en que, ya íntimos, la llevé para adentro y le dí mi techo.

La transformación experimentada por la planta fue notable. Limpita, cuidadosa, vigorosa, me llenaba de alegría y de orgullo.

Le pinté la lata, la bañé todos los días, le corté el pelo y le limpié las uñas. Sin darme cuenta la iba queriendo. Aquella plantita era como un niño recogido en la calle. Y como esos pobres niños, había tenido también la piel áspera y el tronco vencido.

Los reos que van al rancho deben haber sentido una impresión idéntica a la mía. En los primeros momentos no repararon en ella más que para echarle los puchos.

Sin embargo, de a poco se fueron encariñando, y ya todos se preocupaban por echarle agua, abonos, quizás caña para compartir con ella alguna farra de esas que juntan los corazones.

Aquella plantita era un pequeño ser vivo, bueno y débil que necesitaba amor y protección de nosotros. Era, además, una nota delicada que, nunca sospechamos se nos hiciera tan íntima. Le llamábamos "El Botija".

Una noche encontré en la calle, abandonada igual que el malvón, a una mujer.

Como él, ¿no podría acaso ponerse linda, graciosa, llena de alegría y de vida, bajo mi techo?

Entramos. Con la emoción de una joven desposada recorrió la casita con la vista y tuvo una débil sonrisa benévola.

Quizás lo hallara todo muy desordenado.

Cuando sus ojos tropezaron con la planta se acentuó un gesto de ternura, tal vez de piedad y dijo dulcemente:

—Ay, negro! ¿De dónde sacaste esa porquería?

El calificativo me hizo mal.

Después, andando los días, advertí que la mujer, con su terrible intuición, había adivinado desde el primer momento una rival en la humilde plantita.

Una rival que le sustraería un poco de mi atención, y otro poco de mi cariño.

Y así, para contrarrestar los efectos del malvón, una tarde se vino con un culandrillo. Yo nunca le había tenido afecto a las plantas; ya lo dije. Pero en el caso de tenérselo a alguna, seguramente que no habría sido al culandrillo.

No me gusta. Es una planta maricona, de sombra, de calor. Como esas personas enfermas de aristocracia. Pálido, débil. Debe ser hasta cocainómano!

A ese sujeto, ponía contra mi malvoncito reo, gracioso y lleno de salud.

Y para él eran todos los cuidados.

Soy un tipo por naturaleza pacífico y enemigo de peleas. No sé, pues, cómo esa noche perdí los estribos y le canté las cuarenta a la grela ensoberbecida.

Quizás, ella misma provocó la situación para tener un motivo que justificara su actitud.

Aparentemente estaba muy celosa, porque me echó en cara el haberle hecho abandonar todo para venirse conmigo. Yo pude preguntarle qué era lo que abandonó, pero no lo hice. Le dí la espalda y me dirigí a la puerta.

Allí me esperaba un cielo limpio, alto, cubierto de estrellas; un aire tibio con olor a campo, toda la belleza, en fin, contra la miseria que dejaba atrás.

Había andado apenas un par de metros cuando oí entre las cañas de los choclos una agitación de hojas. Como el aletear de un ave que despertara asustada.

En seguida, el golpe sordo de un cuerpo pesado que cae de lo alto.

Y comprendí todo. Volví atrás, me arrodillé junto al malvoncito quebrado de muerte y arranqué una hoja, que todavía guardo, para cuando tenga novia, regalársela.

EL GLORIOSO PASADO DE MI VECINO

Allá, en mi Rancho del Buceo, tengo un vecino que se llama don Costa.

Es un viejo jubilado. De piel cascarosa como un cocodrilo; de cara cubierta de puntitos negros, como si allí hubieran dormido las moscas; de ojos saltones y duros como dos caracoles pegados en un cajón de muerto.

No tengo nada que ver con él; no me une ninguna amistad. Apenas nos cambiamos los saludos matinales en uso. Sin embargo ese hombre me molestaba como una pesadilla; igual que una obsesión.

No sé por qué, de verdad. Veía que era injusto con él. Lo comprendía perfectamente.

Alguna vez he tratado de hallar una explicación para no pasar ante mí mismo como un maniático. Y así, llegué a la certeza de que mi animosidad contra ese hombre venía porque adiviné que él, —como todos los jubilados— tenía una historia muy larga para contar.

Y me había elegido confidente.

El otro día tentaba esforzadamente, dormir la siesta.

Hacía un calor terrible. Las paredes despedían humito; picaban las moscas; el colchón se pegaba al lomo. Era una verdadera prueba de fuego. Sin embargo, poco a poco, arrastrándose penosamente llegó el sueño. Un sueño liviano, de esos que se deslizan a media agua. Pero era sueño!

Ya estaban vencidos todos los inconvenientes, ya empezaba por último a dormir, cuando me golpean la puerta.

No hice caso.

Golpearon otra vez, con más fuerza y maldije mentalmente al autor.

Me propuse hacer lo mismo frecuentemente y en esa forma fuimos trabando amistad hasta el momento en que, ya íntimos, la llevé para adentro y le dí mi techo.

La transformación experimentada por la planta fue notable. Limpita, cuidadosa, vigorosa, me llenaba de alegría y de orgullo.

Le pinté la lata, la bañé todos los días, le corté el pelo y le limpié las uñas. Sin darme cuenta la iba queriendo. Aquella plantita era como un niño recogido en la calle. Y como esos pobres niños, había tenido también la piel áspera y el tronco vencido.

Los reos que van al rancho deben haber sentido una impresión idéntica a la mía. En los primeros momentos no repararon en ella más que para echarle los puchos.

Sin embargo, de a poco se fueron encariñando, y ya todos se preocupaban por echarle agua, abonos, quizás caña para compartir con ella alguna farra de esas que juntan los corazones.

Aquella plantita era un pequeño ser vivo, bueno y débil que necesitaba amor y protección de nosotros. Era, además, una nota delicada que, nunca sospechamos se nos hiciera tan íntima. Le llamábamos "El Botija".

Una noche encontré en la calle, abandonada igual que el malvón, a una mujer.

Como él, ¿no podría acaso ponerse linda, graciosa, llena de alegría y de vida, bajo mi techo?

Entramos. Con la emoción de una joven desposada recorrió la casita con la vista y tuvo una débil sonrisa benévola.

Quizás lo hallara todo muy desordenado.

Cuando sus ojos tropezaron con la planta se acentuó un gesto de ternura, tal vez de piedad y dijo dulcemente:

—Ay, negro! ¿De dónde sacaste esa porquería?

El calificativo me hizo mal.

Después, andando los días, advertí que la mujer, con su terrible intuición, había adivinado desde el primer momento una rival en la humilde plantita.

Una rival que le sustraería un poco de mi atención, y otro poco de mi cariño.

Y así, para contrarrestar los efectos del malvón, una tarde se vino con un culandrillo. Yo nunca le había tenido afecto a las plantas; ya lo dije. Pero en el caso de tenérselo a alguna, seguramente que no habría sido al culandrillo.

No me gusta. Es una planta maricona, de sombra, de calor. Como esas personas enfermas de aristocracia. Pálido, débil. Debe ser hasta cocainómano!

A ese sujeto, ponía contra mi malvoncito reo, gracioso y lleno de salud.

Y para él eran todos los cuidados.

Soy un tipo por naturaleza pacífico y enemigo de peleas. No sé, pues, cómo esa noche perdí los estribos y le canté las cuarenta a la grela ensoberbecida.

Quizás, ella misma provocó la situación para tener un motivo que justificara su actitud.

Aparentemente estaba muy celosa, porque me echó en cara el haberle hecho abandonar todo para venirse conmigo. Yo pude preguntarle qué era lo que abandonó, pero no lo hice. Le dí la espalda y me dirigí a la puerta.

Allí me esperaba un cielo limpio, alto, cubierto de estrellas; un aire tibio con olor a campo, toda la belleza, en fin, contra la miseria que dejaba atrás.

Había andado apenas un par de metros cuando oí entre las cañas de los choclos una agitación de hojas. Como el aletear de un ave que despertara asustada.

En seguida, el golpe sordo de un cuerpo pesado que cae de lo alto.

Y comprendí todo. Volví atrás, me arrodillé junto al malvoncito quebrado de muerte y arranqué una hoja, que todavía guardo, para cuando tenga novia, regalársela.

EL GLORIOSO PASADO DE MI VECINO

Allá, en mi Rancho del Buceo, tengo un vecino que se llama don Costa.

Es un viejo jubilado. De piel cascarosa como un cocodrilo; de cara cubierta de puntitos negros, como si allí hubieran dormido las moscas; de ojos saltones y duros como dos caracoles pegados en un cajón de muerto.

No tengo nada que ver con él; no me une ninguna amistad. Apenas nos cambiamos los saludos matinales en uso. Sin embargo ese hombre me molestaba como una pesadilla; igual que una obsesión.

No sé por qué, de verdad. Veía que era injusto con él. Lo comprendía perfectamente.

Alguna vez he tratado de hallar una explicación para no pasar ante mí mismo como un maniático. Y así, llegué a la certeza de que mi animosidad contra ese hombre venía porque adiviné que él, —como todos los jubilados— tenía una historia muy larga para contar.

Y me había elegido confidente.

El otro día tentaba esforzadamente, dormir la siesta.

Hacía un calor terrible. Las paredes despedían humito; picaban las moscas; el colchón se pegaba al lomo. Era una verdadera prueba de fuego. Sin embargo, poco a poco, arrastrándose penosamente llegó el sueño. Un sueño liviano, de esos que se deslizan a media agua. Pero era sueño!

Ya estaban vencidos todos los inconvenientes, ya empezaba por último a dormir, cuando me golpean la puerta.

No hice caso.

Golpearon otra vez, con más fuerza y maldije mentalmente al autor.

Volvieron a golpear y ya no tuve más remedio que levantarme. Por la insistencia, debía tratarse de algo serio.

Entonces, frente a mí, un pobre hombre con un paquetito en la mano, me dijo:

—¿No quiere comprar ondulines para la señora?

—No tengo ninguna señora! —contesté con fingida suavidad, pero con un profundo rencor reprimido, con una rabia tremeda que me agitaba el corazón. Y en tanto vi alejarse al odioso vendedor, apareció don Costa, muy alegre, me hizo la venia y empezó a marcar en tono festivo, llevando una escoba a manera de fusil.

Y yo pensé:

Después, si uno les revienta la ciruela de un tiro dicen que es un criminal!

Desde ese momento aumentó mi antipatía por Costa. Le huí siempre. Lo saludé de lejos para evitar que se acercara. Le hablé al pasar para impedir que hablara él y hasta fui el primero en hacerle un chiste para que no me ganara de mano. Entonces, como es natural, me le hice profundamente simpático.

Me lo confesó.

Esas atenciones mías, le habían sentado muy bien a él que "era un pobre viejo, jubilado después de más de treinta años de servir al Estado y a la Nación..."

Intuí el cuento. Presumí que se acercaba el fatal instante tan temido y disparé.

Eso no era vida. Me tenía que pasar escondido!...

Aún así, de repente sentía una mano que me golpeaba dulzona en el hombro:

—¿Tá pensativo joven? No hay que preocuparse; usté es joven; si juera un viejo jubilado como yo, dispué de treinta años de servir al Estado y a la Nación...

Llegué a la conclusión de que el único remedio, quizás, fuera escuchar su historia. Lo pensé sin decidirme, desde luego.

Hasta que una madrugada...

Al llegar al rancho encontré un hombre uniformado en la vereda de tierra, frente a la puerta. No tuve tiempo de pensar nada malo porque me salió al paso. Era don Costa. Tenía una curda bárbara y quizás el calor de las copas había despertado en él, el fuego bélico de su lejano pasado.

Me hizo la venia, como de costumbre, y la respondí en la misma forma. O mejor, todavía, porque le dije:

Buenas noches mi comandante. (Puede ser que yo también tuviera adentro alguna copa que me despertó el deseo de armar kermesse.)

—Así está muy bien— agregé con un tono seco muy marcial.

El viejo se miró el uniforme con orgullo y yo hice lo mismo con curiosidad.

Era muy antiguo; quizás del Quebracho, o tal vez de las legiones garibaldinas.

Lo cierto es que yo no lo reconocía.

—De mis tiempos —dijo con una sonrisa triste, suspirando, y sus ojos llenos de agua se elevaron al cielo, a la luna esa que quizás hubo velado muchas noches en los campamentos sobre el filo acerado de las bayonetas.

—En mis tiempos... ¿a ver? que no me oiga la vieja... Era un joven como usté (infló el pecho), elegante, bigote negro... (se pasó los dedos por el labio superior) así, retorcido... negro... No había mujer, —(joven, no lo digo por alabarme)— pero pasaba yo y todas a la puerta:

"¿No hay para mí? ¿No hay para mí?" –les oía decir. Todas, joven!... allí conocí a ésta (señaló con la cabeza hacia su casa). Era una linda mujer. Ahora está vieja... claro, joven, los años pasan...

Volvió a clavar sus ojos humedecidos por la emoción en la claridad del cielo, de ese mismo cielo que cubrió las luchas de su época juvenil.

–Ay mis tiempos amigo! Esos no vuelven. Ya no hay carteros como aquellos de hace veinte años!...

La revelación cayó pesada, redonda. Adiós luna de los campamentos y bayonetas vigilantes, y sables guapos y fuertes, y uniformes marciales.

¡Pobre don Costa!

Los copetines lo habían devuelto al pasado. Quiso vivir aquella vida un instante. Se animó y lo hizo.

Vistió el uniforme de sus días gloriosos: el de cartero.

Quizás, de no haber llegado yo tan a tiempo, se hubiese puesto a repartir cartas imaginarias, como un viejo guerrero, en el mismo caso, habría levantado su espada, también imaginaria, señalando a sus hombres el camino de la conquista, de la victoria, de la fama. Cada uno con su ilusión...

No encontré grotesco el resultado de mi última entrevista con don Costa. Al contrario: me pareció muy natural. Tanto que ojalá los jóvenes que me escuchen mañana –cuando yo tenga la edad de don Costa–, no sonrían, no se peguen maliciosamente con el codo, ni se burlen como no lo hice yo, si les digo también mirando al cielo:

–Una vez, en mis años mozos, escribí un artículo muy bonito, y me felicitaron por eso. Había que ver...

"DE INDEPENDENCIA A CARRASCO"

Todas las excursiones campestres, desde las destinadas a la caza hasta el más intrascendental pic-nic, todas tienen una emoción particular.

Previendo eso fue, sin duda, que sin convenir nada expreso, en un acuerdo tácito, Materia y yo resolvimos la otra noche darnos una gira en la bañadera "de Independencia a Carrasco, cruzando por bosques y playas".

—¿Tarda mucho en salir?

El tipo miró el reloj y contestó seguro:

—Diez minutos.

Dicen que partir es morir un poco. Ha de serlo, no más, según el estado de espíritu de mi socio y el mío mismo en los instantes previos a la partida.

Como si nos despidiéramos para siempre empezamos a recorrer con la vista esa plaza bulliciosa y brillante de luces, esos rincones familiares de este Montevideo tan nuestro y tan querido.

Dijérase que no era el mismo. Le descubrimos bellezas nuevas, aspectos desconocidos. Quizás ahora, que nos separábamos de él, empezaríamos a darle su verdadero valer.

Lo veíamos con distintos ojos. Más afectuosos, más llenos de ternura.

Con los ojos del que se va.

Se nos acerca un vendedor y alargando un paquete dice:

—Caramelos para el viaje?

Esas palabras tan simples, ahondaron más aún nuestro sentimiento.

El viaje!... Sería muy largo, seguramente, si era preciso llevar provisiones con que entretenerse. Dejaríamos muy atrás, estas lindas palmeras, estas casas viejas, estas ventanitas iluminadas que nos seguirían largo trecho con su mirada de despedida. Hasta hacerse difusa, hasta nublarse, quizás bajo una lágrima.

Tengo por hábito, cuando me empiezo a poner sentimental, observarme un poco, a ver si la apostura está en consonancia con la situación.

Allí no lo estaba. Sentados en ese enorme carromato, de donde sobresalía más de medio cuerpo que dominaba el panorama, el sordo y yo, solitos, deberíamos parecer dos estatuas. Para mejor, abajo se habían reunido los chiquilines que se esfuerzan por mirarnos, dirigiendo hacia arriba las narices. Casi hasta desnucarse. Decididamente, nos estábamos poniendo en una evidencia ridícula.

Tan solos en ese camión tan grande, éramos como dos plantitas en medio del desierto. Tan altos, sobre el nivel de la calle, parecíamos dos audaces aviadores que se lanzarían a descubrir nuevas tierras.

—Che, ¿va a tardar mucho?

—No; ya sale.

Subió el chofer, tocó unas llaves, encendió los focos, volvió a apagarlos.

Por los preparativos era fácil deducir que estaba muy próximo el instante decisivo y le di el último adiós a Montevideo.

Por suerte tomó ubicación detrás nuestro un matrimonio joven. Recién casaditos, los palomos se deshacían en ternuras.

Ella era muy rica. Nos observó un instante y dijo algo al oído de su esposo que, disimuladamente, se cercioró si llevaba consigo el revólver.

Después estiró el cogotito, como si tragara saliva y puso una carita que parecía decir: "Yo soy muy desgraciada porque a mí nadie me quiere".

Pero él, que la entendía, aproximó su cabeza a la de ella, afectuoso, amante, solícito y le preguntó embargado:

—Erutaste nena? Eso es bueno; eso es bueno!

Hacía cosa de media hora que estábamos ahí sentados. Sin duda que el guarda esperaba que se llenara para partir de "Independencia a Carrasco cruzando playas y bosques".

Pero era indudable, también, que eso no lo habría de conseguir nunca, porque mientras llegaban nuevos pasajeros, los que ya estaban arriba, y habían esperado, como nosotros, tanto tiempo, resolvían postergar la excursión y abandonaban el coche. Así, se iban turnando en los asientos.

—Che, ¿falta mucho?

—No, no; ya sale. En seguida!

Subió un inspector que empezó a firmar planillas con verdadero denuedo, con un gesto muy grave y preocupado.

Después, como el anterior, apretó unos tornillos, abrió una llaves, encendió los focos.

Y yo volví a despedirme de este Montevideo que ahora, para hacer más triste el momento, había comenzado a apagar sus luces.

De repente el sordo me pegó un codazo y balbuceó disimulado:

—No mirés p'allá.

—Quién es?

—Es un amigo de la infancia. Hace una hora que me está afilando pa' saludarme. Los amigos de la infancia son una peste. Te miran, te siguen, parece que tuvieran un gran interés en verte... ¿Y todo para qué? Para decirte: "Che, qué gordo estás!".

—Diga, ¿va a tardar mucho todavía?

—En seguida sale.

Bajamos del ómnibus helados. Tanto rato parados ahí en la plaza, nos había filtrado el frío hasta los huesos.

Nos sacudimos los miembros entumecidos.

Cuando nos dirigimos al boliche un reo amigo pegó el grito:

—Mirá los burguesitos; se vienen de Carrasco, nada menos! ¿Cómo estaba la ruleta, che?

PUERTO RICO: ULTIMO PUERTO

En la noche mansa del suburbio, el "Puerto Rico" —"O Porto Rico"— es como un cacho de alegría sacado del rancherío que duerme y tirado allí, junto a la vía, en una vuelta del camino.

Es una isla iluminada y bulliciosa en medio de la oscuridad que envuelve el arrabal.

La luz opaca que vuelcan los bailongos de cada lado de los rieles tiñe de rojo las siluetas imprecisas de soldados, policías montados, perros vagabundos, parejas enlazadas que se pierden entre los tapiales apretados de enredaderas para amarse allí un minuto silenciosamente. Se ilumina una ventanita a lo lejos, y su luz amarilla sale a jugar con las hojas del cercado que tiemblan de gozo. Después, aquella ventana oscurece y entonces se enciende un cigarrillo en el portón de madera.

La pareja vuelve a la milonga. Se anuncian en la oscuridad por el crujido del balastro. Y luego se confunden con otras parejas que van a despertar otras ventanitas.

Llegan a la calle los sonidos entreverados de las dos orquestas rivales. Parece que salieran, igual que los hombres a discutirse un amor entre las toses ahogadas del hembraje y la mirada feroz de la barra que pide sangre.

Así parten, de cada lado de la vía, las voces de "La Caída" y el "Puerto Rico".

LO MAS TIPICO: "PUERTO RICO"

Piso de tierra. Las latas desnudas del techo sudan gotitas brillantes sobre la abigarrada concurrencia, amontonada a los lados de la pista. Hay olor a tabaco y a caballo. Hay muchas caras innobles, difíciles, grotescas.

A un costado, sobre un tabladito decorado de palmas marchitas, el bandoneón estrangula un tango malevo que acompasa el bombo candombero. Se extingue el parloteo y las risas afónicas de las mujeres. Los machos se ponen de pie con la gorra en la mano para recibir a la rea que se ofrece cachonda a sus brazos.

Parecería que pasa como una ráfaga de emoción sacudiendo las almas, y hay algo de ritual y de místico en el recogimiento con que los hombres —con el pucho temblando en el labio— miran deslizarse las parejas que ponen el alma en una media luna alevosa, provocación en el gesto, sensualismo y dolor en la flexibilidad de los cuerpos calientes que se besan.

Tal vez el tango viva ahí su mejor vida; tal vez sea eso el tango hecho carne, tan reo, tan doloroso y compadrón como nació. Posiblemente se haya inspirado en los cuadriles trémulos de esa parda que arrastran las miradas sin brillo de un soldado borracho.

Por eso, allí se siente mejor su lenguaje atormentado, que refiere a cada uno un pedazo de su propia vida: visiones de cafúa y de riñas, confidencias de amantes, traiciones de mujer, sollozos de malevo...

Los dos negros tocan y beben. Sobre ellos hay un cartelito. Dice "Viva el Ejército". Al lado, a una misma altura, este otro: "Se aceptan pedidos. Mande la vuelta". Y se les pide y se les invita porque son los amos de la situación; en sus manos está el atributo mágico de llevar

un poco de ternura a los corazones endurecidos por la vida infame.

Ese entarimado es, posiblemente, el único punto neutral para las pasiones, y hasta allí no llega el odio de los hombres ni la intriga de las mujeres. Se les admira, se les reverencia, dentro de ese ambiente en que flota un machismo áspero, petulante, exaltado por la caña, la música, las miradas condescendientes de las turras.

LA HISTORIA DE TODOS

La historia de cada uno de los que han hecho del "Puerto Rico" su refugio, es la historia de todos. Allá, en un rincón apenas alumbrado hay una pareja que reconozco. El es un adolescente. Bajo la gorrita ladeada escapa un mechón rubio sobre su frente muy pálida. Tiene el cuello del sobretodo levantado y calza alpargatas. Ella, una muchacha que fue linda. Mismo ahora, envejecida por los vicios, conserva rasgos interesantes.

Se conocieron cuando aún lucían en blanco su prontuario, hace seis o siete años. La piba trabajaba en un taller y él, un día, a la salida, se le apiló en un portón hablándole al alma. Se quisieron. Y una noche clara y linda como un sueño, se amaron con todo su instinto amurados en el zaguán del conventillo. Tal vez sin darse cuenta; a lo mejor fue la luna, quien tuvo la culpa...

Pero los padres de ella, la metieron en el Buen Pastor.

Allí se perfeccionó la pecadora, y cuando volvió al barrio, ya no era aquélla la pebeta alocada que apuntaba sus memorias con los afilecitos de la esquina. Era la rea erudita, con el alma enferma de deseos y la carne encendida de placeres todavía no gustados.

Se metió en un cabaret del centro y así empezó su carrera.

LA HISTORIA DE UNO ES LA DE TODOS

El le siguió el tren. Primeramente dejó de trabajar porque ella misma le instó a eso. ¿Qué necesidad tenía el tipo de levantarse para ir al yugo a las seis de la mañana, hora, precisamente, en que ella volvía? Además, la muchacha podía ganar bien para los dos.

Se dedicó a ella, pues. Junto con eso debió controlar sus actividades. Primero le exigió que le mostrara la plata para justificar que su tardanza se debía a cuestiones "del trabajo", pero más tarde resultó que la piba le jugaba sucio, salía por ahí de farra con algún amorcito liviano y después le mostraba el mismo dinero de la víspera. Para evitar eso el muchacho le retuvo la moneda en lo sucesivo. Y así empezó el gigolot a ser rufián.

EL ULTIMO PUERTO

El ambiente fue decayendo para la mujer en los dancings de lujo. Las privaciones, las noches sin sueño, los vicios, se acumularon en sus pulmones cansados. Y los

llevó la miseria, los arrastró la corriente de la vida a ese último puerto que está tirado junto a la vía del ferrocarril, donde los vecinos tiran la basura.

Se redujo el sport de la mina y el tipo necesitó aportar algún peso para apuntalar la olla. Entonces se hizo chorro, batilana, jugador. Confidente desleal de la policía y de los delincuentes, según viera mejores probabilidades. Perdió toda su propia estimación, se formó una moral aparte y a ella se aferró como un último orgullo: ser macho, guapo, bebedor y bailarín.

Esta historia de uno es la historia de todos los que han llegado al "Puerto Rico" como al último refugio. Es la vida misma de ese malevaje que se ha reunido por identidad sentimental en el suburbio de la Unión, lejos de las miradas del mundo,a solas con su idiosincracia, sus vicios, sus gustos torcidos y protervos.

Es la población maldita de esa isla que se enciende en las noches, poniendo animación y bullicio entre el rancherío que duerme bajo sus tapiales de madreselvas y campanillas...

BAILE EN EL CLUB DEL BARRIO

En la calle oscura abre una brecha a luz del zaguán. A veces, una sombra resbala desde adentro y cae en la vereda y se quiebra en los cantos de piedra. Otras veces son dos. Una pareja que salió a decir sus amores y quedó allí, muda, mirando como se arrastran las hojas secas.

El Everton Juniors está de baile. Adentro, la música agranda las piezas y hace balancear los farolitos de colores que adornan el patio. Ríen las muchachas con sus voces de pajaritos alegres; conversan los jóvenes, duritos dentro de las mangas recién planchadas. Parece que si doblaran los brazos harían un ruido semejante al de un pan al romperlo. El Everton Juniors está de baile porque va invicto. Y hay que ver lo que costó eso. También hay cada refre!

El domingo pasado, no más, le anularon dos goles por orsay. El puntero estaba bien colocado, estaba; pero el refre igual dio orsay.

Gracias al Toto, que en una apilada fantástica hizo el gol de la victoria. Pero, ¿sabés por qué? ¡Ufa! Estaba "aquella"; estaba la Carmelita, que quería disimular pero que sufría más que nadie. Quería disimular porque anda enojada con él. Macanas de las mujeres! Lo vio pasar abajo de los andamios y ahí no más se le encrespó como una gallinita. Pensó que no quería casarse.

—Si sus intenciones son esas, joven, ya puede marcharse de aquí —le increpó con dureza.

—Pero Carmen, ¿vos tás loca? Qué pasó? Qué hay? —le decía él con gestos estudiados. Una cosa trajo a la otra y que patatín y que patatán y al final el Toto que es muy hombre le dijo "que te garúe finito".

Pero en el fondo, ¿sabés?, quedó como una brasa, encendido aquel cariño. Por eso el Toto anda medio en curda ahora. Por eso y porque además es el mimado del cuadro. La gloria, la popularidad le embargan los sentidos; la desdicha de su amor lo hace bello, sufrido y grande a sus propios ojos. Y la presencia de Carmelita, hoy más linda que nunca, más que cuando la creía suya, le inquieta y le hace decir torpezas. Está sin medias, ella. Esas patitas gordas de deditos cortos, parecen ravioles. De sus caderas redondas y firmes caen con gracia los pliegues del vestidito naranja que le regaló el padrino el día del cumpleaños. En el pecho una flor roja con el cabito para arriba. Quiere decir que no tiene novio. Una flor roja como esa boca que tantas veces le juró embelesada "te quiero y te querré" y que ahora, en un remilgo vanidoso y fingido le pregunta al Pepe:

—¿Como dice, joven?

El Pepe... Apaguen los puchos! El Pepe es un guiso. ¿Vos sabés lo que es un guiso? Hay dos clases. El bacán que quiere aparentarse reo y el reo que quiere pasar por tipo bien. El Pepe es de estos últimos. Nació de un carozo, como quien dice, y anduvo de vago hasta que entró en la "Vestigación", como le llaman los muchachos. ¿Y ahora qué quiere?

Carmelita baila que es un trompo. Y en los giros del vals se le ve hasta cercita de las rodillas.

Los amigos del Toto, que la rodean, la miran atravesados como trote de perro. Si fuera hace unos años, ya se habría armado lío. Pero hoy los muchachos no pelean.

Hoy les da por cantar cuando el alma empuja por salirse, de amor, de dicha o de rabia.

"Mujer que vas a rodar
Como la falsa moneda
Que de mano en mano va
Y ninguno se la queda..."

No le gusta esa música porque es mentira. La moneda falsa no rueda; se queda en la mano de algún infeliz otario, igual que la mujer mala. Pero Carmelita no es mala. No, no es. Lo que hay es que no quiere rebajarse. Y él tampoco. Para eso es hombre, dice él. Para eso soy mujer, piensa ella. ¡Y qué bien quedarían juntos! El, el mejor centrofóbal del barrio; ella, la piba más linda y más graciosa... Sin embargo, ahora que se acaba el baile parecen acercarse. Ella, que estaba tan indiferente, que no le daba ni un poquito de perejil lo mira con disimulo. De repente se encuentran los ojos. Como en aquellas noches felices junto al portoncito! Pero el Toto, igual que si le sorprendieran en un delito, se sonroja y pone agrio. Al cruzar el patio, la zorrita le dice dulcemente y muy bajito: "Adiós, malo".

En él pudo más el orgullo y no contestó. El corazón se le oprime, los ojos le arden. Cada uno de los breves pasitos que se alejan, le golpea las sienes. De atrás le ve el cogotito afeitado, muy blanco y se le quiere salir un beso. Un beso que vaya a acompañarla esta noche mientras llore. Que él también va a llorar. Sí; con todo lo fuerte y lo guapo que es; que los arqueros lo ven acercar y tiemblan... Sí, con todo!

Quizás ahora mismo...

Ocultó la cara, dándose vuelta hacia la pared. Los ojos empañados se clavan en la puerta que tiene calado

un corazón; parece que se movieran ante ellos las letras que indican "Conserve la higiene" a las que un reo agregó "Vueno".

En la calle todavía oscura, el zaguán abre una brecha iluminada. Sale un hombre y se lleva el pizarrón en el que el sereno de la madrugada ha borrado el anuncio de "Hoy, gran baile familiar". Y una canción dolorida se anticipa al despertar de los pájaros y va a sacudir los árboles dormidos:

"Llora, llora corazón
Llora si tienes por qué,
Que no es delito en el hombre
Llorar por una mujer..."

HOY – FUNCION DE BENEFICIO – HOY

Desde temprano entró el mareo en el barrio, hoy va a ser la cosa!

Aguarda un día de ansiedad, de expectativa, de glorias quizás. El cuadrito del lugar se da un beneficio con el desinteresado concurso del cuadro dramático "Maderas de Oriente", con cantores y todo.

Las artistas, pibas del barrio, disfrutan de un instante de celebridad. Andan presuntuosas y altaneras sacudiendo las melenitas y las faldas con su pasete retobado. Esta mañana, no más, al ir a comprar el puchero, dejaron los umbrales sembrados de envidias y odios. Las otras muchachas las desprecian. Y ellas hablan fuerte, con suficiencia, seguras de que hoy como nunca su fama les da autoridad. Los reos del cuadro, por su parte, también salieron temprano. En la puerta encendieron un cigarro y dirigieron sus pasos hacia el cartelón que desde hace una semana viene acaparando todas sus ansias.

"Hoy – Gran Función de beneficio al Victorioso F. C. – Hoy".

La sala presenta un aspecto característico. Yo no sé por qué la gente que va a los beneficios es tan conversadora. Parece una jaula de guacamayos. Además, hay olor a colchonería. Y se chilla mucho.

–Ahí está la Cholita. Qué mona! Está muy adelantada ¿eh? Ah, sí!

La Cholita brilla en el escenario. Es simpática y robusta. Tiene pantorrillas de gaitero y posiblemente va a bailar una jota.

¿A ver? No; va a cantar.

En seguida sale Morales.

Morales es un pretencioso y los muchachos lo odian. Juega de entreala y cuando los retratan agacha la cabeza para no salir. Quiere hacerse el misterioso como aquel gran Ohaco.

Siempre se retrataba con la cara escondida Ohaco. La gente empezó a decir que había hecho un crimen y no quería que lo reconocieran. Esa leyenda duró muchos años.

Ahora Morales quiere hacer lo mismo.

"Sus ojos se cerraron
y el mundo sigue andando!..."

Desde la platea, los reos le hacen ruiditos con la boca.

"Su boca que era mía
ya no me besa más..."

Ahora, la Coca va a recitar. No tuvo tiempo de prepararse bien y lleva escritos los versos. La pobrecita tiene un azareo espantoso.

En un estado de lamentable inconciencia lee y lee.

Más de media hora. ¿Estará leyendo la guía del teléfono?

Es difícil saberlo porque como todo el mundo habla al mismo tiempo no se oye nada.

Sin embargo creo adivinar una cosa que me espanta. Sin darse cuenta, la cuitada, a medida que lee, va poniendo una carilla atrás de las otras. Y así no va a terminar nunca, porque concluido el poema lo empieza de nuevo.

De repente saluda y se va, y el cine se viene abajo en aplausos.

Cumplido su número los artistas se reúnen con sus familiares en la platea. Allí siguen opinando y hablando en voz alta cercados por un millón de envidiosos algunos, llenos de curiosidad otros. Claro! Tener una artista tan cerca no es pan de todos los días!...

Su triunfo es neto. Su popularidad toca en lo glorioso, en esta noche del beneficio. El espíritu se lleva fluido y suave como sobre alas. Zumban los oídos, arden los ojos, y la garganta se estruja en un ansia enorme de cantar o de gritar.

El triunfo es neto. Halaga y duele. Aligera y pesa al mismo tiempo. Es dulce y amargo como el amor. Y como él, es también misterioso y grande.

Su triunfo es neto.

Y mañana, cuando el sol se abra en la realidad de todos los días, ellas verán aún flotando en el agua espesa de las tinas, brillante y risueña como un loto, la ilusioncita de anoche, noche de beneficio!...

EL BOLICHE DE LA MUERTE

Gime el viento entre los altos cipreses que cabecean como ebrios sobre los muros descoloridos.

El camino Propios, desierto, tiene una triste emoción.

Arrimadas a la pared del cementerio nuevo, de los pobres, guareciéndose de la penetrante llovizna, tres, cuatro viejitas de negro marchan en fila. Llevan grandes ramos de flores que el viento quiere arrebatarles. Parecen hormiguitas luchando con su carga.

Son las últimas visitantes.

Atrás de ellas viene cirniéndose la noche. Como si quisiera agarrarlas entre sus brazos y llevárselas de una vez.

El asfalto húmedo brilla al paso de los tranvías iluminados, que traen una ilusión de vida en medio de la tarde desvanecida.

Se alejan con ruido. Pisando estrellitas azules.

Después, silencio, soledad otra vez. Otra vez el tamborileo de la lluvia sobre las hojas secas. No hay un alma. Todo está muy triste.

Allá, al costado del cementerio, por Propios, en la esquina de Asamblea, los focos empañados de un cafetín, abren una boca en la espesura de la noche mojada y se desparraman sobre los charcos de la vereda.

Llegamos con precipitación, sacudiéndonos la ropa, como llega siempre un forastero a un albergue. Al abrir la puerta, inesperadamente, todas las caras se dan vuelta

con una expresión de curiosidad. Alrededor de una mesa, en un rincón mal alumbrado, hay cuatro morenos con el uniforme de los enterradores. Entre ellos, un guitarrero. Beben, fuman, bromean. Ya han de haber tomado bastante, porque el vino pesa sobre sus párpados. Pedimos. Pedimos caña y eso nos familiariza un poco con el ambiente. Es un licor popular. Quien lo bebe ha de ser, también, del pueblo.

—¡Qué noche! ¿Eh?

—Y... en este tiempo...

Sentado en una barrica, un viejo fuma silenciosamente. No nos quita la mirada de encima. Es indudable que nuestra presencia molesta. Pero está tan feo para salir!... A su espalda, empotrada en el muro, una virgencita de metal preside la reunión. La hornacina está cubierta de flores y al pie de la imagen arde una velita. Y arriba un letrero: "La única autoridad en esta casa, es el respeto. — Nicoletta".

Es un ambiente muy raro.

Pedimos otra copa para tener tiempo de observarlo.

—¿Los señores son de por acá?

—No; de pasada, no más...

Bordonea decidido, desaprensivo el guitarrero. Su mano oscura, en las cuerdas parece una araña gigantesca trabajando en la tela.

A media voz entona su canción:

"Y siempre es carnaval;
"Y van cayendo serpentinas
"Y unas gruesas y otras finas,
"Que nos hacen tambalear..."

Parece que la música le queda larga y entonces rellena los versos con "íes" como hacen los tipógrafos con los cuadratines.

Además, disuena un poco eso de que lo hagan tambalear las serpentinas. Deben caer, quizás, con paquete y todo.

Sin embargo, la concurrencia escucha seducida la palabra del moreno cantor.

"El respeto es la única autoridad..."

Ahí hay un retrato de Gardel, otro de Florencio, otro de otros muertos ilustres. Y a un lado, grandes cuadros compuestos de fotografías. Nos acercamos. Una de esas fotos, la que resalta más, presenta a un hombre de tupidos bigotes negros, emboscado tras un arbusto con un revólver en una mano y una cuerda en la otra. Por su actitud es innegable que se propone matar a alguien. En otras, el mismo misterioso personaje aparece abocándose el arma a la sien, contra la pared sin reboque del camposanto, en el instante fatal de pegarse un tiro y, ya difunto —al lado— tirado entre unos cardos. Más allá, otro hombre a quien un auto ha derribado y va a pasarle por encima, y junto a esa foto, otra, donde ese hombre —que al parecer es el único protagonista de tan dramáticas escenas— apretándose el cuello con una soga hasta congestionarse. Hay más figuras. Todas sobre idénticos motivos. La familiaridad con la muerte es algo cierto y hasta agradable en ese extraño lugar, enclavado a un costado del cementerio, con la amistad de los sepultureros y la canción fúnebre de los cipreses agitados por el viento. El boliche de la muerte! No me atreví a preguntar nada. Pero adiviné —creí adivinarlo— el espíritu de esa gente que, huyendo de los vivos, se confina en el campo de los difuntos.

De quien con la cercanía de la muerte se siente más bueno, más libre, más generoso y proclama la virtud y el respeto.

Creí adivinar el ánimo de quien, acercándose a la muerte, encontraba más perfecta la vida...

Hace poco volví por allí.

Los dueños ya no eran los mismos.

Una pincelada de cal tapó el letrero; la virgencita desapareció de la hornacina.

Y en el clavo donde estaba Gardel hay una ristra de cebollas, y donde estaba Florencio, un collar de salames rojos.

El boliche de la muerte se había suicidado.

LA VENGANZA

Ellas eran partidarias de Wanderers. No sabían bien por qué. Acaso por razones de buen gusto. El blanco y el negro son colores que visten mucho a la mujer. Además, Wanderers es el viejo club de los gentleman.

Pero el pibe, más en contacto con el ambiente, más hincha del football, quería a Nacional, a ese Nacional de quien oía tantas glorias y hazañas cada vez que se escapaban al zaguán a recibir el diario.

Llegaron al Estadio como una bandada de gorriones. Cuatro hermanitas y el nene. Además, dos novios.

Llegaron riendo y gritando alegremente, como si estuvieran en un pic-nic. Los reos de las tribunas dieron vuelta la cabeza para mirarlas y se encontraron con las caras estúpidas que siempre ponen los novios cuando la piba es muy juguetona.

Y para dejar expreso su partidismo, ya de entrada dijeron como sorprendidas:

—Ay! Mirá Muniz; qué divino!...

Y cruzaron la pierna y sobre ella apoyaron el codo y en la mano hundieron sus caritas que el sol picante comenzaba a excitar. Todas iguales. Lo mismo que si lo hubieran ensayado.

Y los novios tiesos, como si se hubieran tragado un bastón, azareados al extremo, buscando con los ojos otros ojos, en circuito, en una actitud desafiante.

Nacional hizo un goal y el pibe pegó un brinco. Levantó los brazos, tiró al aire su gorrita de marinero.

Las muchachas se miraron en silencio, con ese leve balanceo de cabeza que tienen las mujeres cuando no saben qué posición adoptar ante lo inesperado y que quiere significar:

—Qué me dice! Quién lo iba a decir!

Pero con este optimismo particular de quienes no son realmente hinchas, pronto se repusieron:

—No importa ahora gana Wanderers. Van a ver. Falta mucho, todavía...

Así dijeron y el pibe, desde su lugar, les echó una mirada burlona, rencorosa, despectiva:

—Sí... va a ganar... ganariola!

Y los novios, que saben la influencia que tiene el hermanito y que quieren quedar bien con Dios y con el diablo, observaron a su prenda, observaron al nene, y sonrieron condescendientes y neutrales. Los dos al mismo tiempo. Se llevan muy bien. (Dan ganas de darle una guitarra a cada uno.)

Y vino el goal de Wanderers. Aquí sí que las nenas se alborotaron francamente. Paradas en puntitas de pie sobre el asiento, sacuden las manos con una gracia encantadora. Diríase que están despidiendo a algún viajero. Patalean, ríen. La cabeza echada atrás; la boquita bien abierta, exhibe el paladar rojo y el semicírculo cerrado de sus dientes blanquísimos.

Y la garganta suave y armoniosa, tiembla de emoción.

Ante ese cuadro espléndido, pensamos que bien vendría la amargura de perderse un partido, si con ello conseguimos proporcionar tanta felicidad a esas preciosas chiquilinas.

Pero ahí está el hermanito que no siente lo mismo. Lo denuncia su mirada torcida, su gesto huraño, el tinte que se esparce por sus mejillas, como si un líquido verdoso se le deslizara desde las sienes. Una de ellas, la más pícara, lo advierte y se le dirige burlona:

—¿Viste, Pirulo? ¿Viste a tu Nacional? Já! Já! Son unos chivos!!

"Unos chivos!" La frase es hiriente; le rompe los oídos, se le hunde en el alma.

"Unos chivos?" Ya verán...

Se incorpora pausadamente. Solapado, taimado. Como un delincuente en vísperas de realizar su venganza. Como un tigre que va a saltar sobre la presa.

Se acerca a su hermana. Espera que no desconfíe. Se asegura de que la víctima está ajena a sus propósitos.

Entonces, en un movimiento rapidísimo, le levanta las polleras.

Se oye un grito agudo. Dos rodillas redondas, coloreadas como frutas maduras, cegaron con su esplendor a los reos. Manotones. Una carita que enrojece, unos ojos ansiosos que quieren adivinar la magnitud de la vergüenza sufrida.

Y el gesto abombado del novio, medio sorprendido, medio angustioso que, tragando saliva parece interrogar:

—¿Pasó algo?

La venganza estaba consumada.

SIN CINTAS NI CUERDAS

No es cosa que se explique fácilmente, esos descensos en las performances de los cracks, tan habituales en nuestro medio. Tenemos que de pronto un jugador se consagra como el mejor en su puesto; su solo nombre ya es una atracción, su sola presencia la garantía del espectáculo. Y tenemos que apenas trancurrido un mes, ese jugador se viene abajo en forma inexplicable, haciéndose imposible reconocer en él al crack de días antes.

Un viejo jugador me decía:

—Es muy difícil levantarse una vez que se ha caído. Mientras uno es el ídolo todo va bien. Pero esa idolatría del público desaparece con mucha facilidad. Más aún, cuanto más alto nos lleva más expuestos estamos a caer, porque entonces su fe en el jugador adquiere proporciones fantásticas, llegando en su imaginación a esperar de nosotros más de lo que lógica y humanamente podemos dar.

Así, un día ante la jugada que no se pudo realizar, se oyen los primeros silbidos. El crack, seguro de sí mismo no hace caso. "Ahora, con otra jugada, piensa, los obligaré a aplaudirme". Pero viene la otra, que también sale mal, y aquellos silbidos, perdidos entre miles de personas, se extienden, toman volumen, llegan al alma. La idea de rehabilitarse, de borrar esa mala impresión, empieza a inquietar al jugador, a ponerlo nervioso. Y ese es el principio del fin. El hombre ya no es dueño de sí,

de sus actos; ya no obra espontáneamente, ya no se desenvuelve confiado. Es un condenado que trata de defenderse del fallo de ese juez monstruoso, injusto, tornadizo que es el público. Desde ese momento el jugador no exhibe su habilidad, sino que esgrime su defensa. Está atado a esos millares de ojos; está sujeto a esos miles de opiniones. Así se encadenan los sucesos, así se viene por tierra un hombre, haciéndosele cada vez más difícil, más imposible, convencer a las tribunas ya, de antes, inclinadas a juzgarlo mal.

Decadencia! Cuánta amargura, cuánto misterio e incertidumbre hay en esas pocas letras! Quizás un hijo que empezará a conocer la miseria; tal vez una mujer que envuelve sus trapitos en un pañuelo y se va sin decir adiós; quizás el amigo que se aleja cada vez más. Y vos ahí en el medio, solo, culpable, abandonado.

Una noche de copas me decía uno de estos muchachos, medio triste y medio alegre, como son las mismas copas:

"¿Que por qué no canto? ¿Porqué está mi viola sin cintas ni cuerdas?"... Mirá: yo voy a la cancha dispuesto, alegre, hasta entusiasmado. Soy sano, me pagan bien, vivo sin lujo pero sin apreturas. Vos dirás que eso alcanza para ser feliz, pero yo te contesto que eso no es ni la mitad.

—¿Te falta un amor?

—Ahí está. Vos lo dijiste. En mi vida falta un amor. ¿No viste vos a Carlitos Riolfo? No viste cómo al salir del túnel mira hacia la América y saluda con la mano? Ahí tenés el secreto de su triunfo, esa fuerza que lo alienta, que lo empuja, que le da la misma decisión que tenía Pichín. Vos lo conociste a Pichín. Fue aquel que se arrimó

el cajón de querosén, se sentó arriba, hizo un rulo con el clarinete y dijo:

—Y bueno; tocaremos hasta que aclare. Y eran las dos de la tarde.

Esa es la fe y la decisión que yo envidio. Dirás que es fácil conseguir una mujer. Pero no sabés cómo es la cosa. A mí, el crack de fútbol me hace acordar a la punta de la toalla. Vos te apretás un barrito y te limpiás en la punta de la toalla. Total, —pensás— aquí no se seca nadie. Pero te entra una tierrita en un ojo y vas a la punta de la toalla. Debe estar limpia —decís— porque en la punta no se seca nadie. Y te querés enjugar la nariz y vas también allí porque no se seca nadie, no importa que la ensuciés.

Y esto me hace acordar el crack, pero al revés.

—Ah! —dicen las mujeres— éste es famoso, es popular; no le faltarán otras. Y como todas piensan así resulta que no agarrás ninguna. Sos la punta de la toalla pero justito al revés. Me muera que sí! Entonces vas a la cancha haciendo lo posible por tenerte fe, por convencerte de la utilidad de tu esfuerzo, pero en el fondo aparece siempre aquella duda: ¿Para qué hago esto? ¿Para quién? ¿Para ese hincha que no tiene otro reconocimiento a tus méritos que el...

—Unchacho: démole la biab'al refre.

¿Para aquel otro que se hace una bocina con las manos y te dice:

—Perro con plumas, cabeza de chancho, panza de agua!

Son mala comida. Son inconstantes. Y si te levantan en andas tené ojo que no los vayan a chistar de atrás porque entonces te dejan caer. A esos, yo les tiraría mi

desprecio por la cara. "Ahí tienen goles; ahora chillen, mafras!".

Ahora, una mujer, un amor, es distinto. ¿Sabés? Yo no quiero que toque el piano, o que sepa inglés, o que haga pañitos lenci. ¿Para qué tantas cosas si uno lo que mira son las piernas?

Que tenga piernas largas, llenitas, ágiles, que al caminar te digan toda la alegría de vivir. Que en su casa sea una obra de arte que nunca te canses de mirarla, de oirla, de quererla con todos los sentidos.

Ese es mi problema. Por eso no canto y está mi guitarra sin cintas ni cuerdas...

Así se expresaba aquella noche el crack amargado por la vida. Así él, cansado de ser juzgado por el público, se colocaba en la recíproca y juzgaba a ese público.

Levantó la copa y se la embuchó precipitadamente. Después se levantó él y salió casi corriendo:

–Chau! Perame... ta mañana!!

Limpié la vidriera empañada del cafetín para mirar hacia afuera. Vi cómo a pasos largos se hundió en las sombras de los árboles. Delante suyo iba una mujer. Tenía las piernas largas, llenitas y el paso ágil.

LA ULTIMA GARUFA

Salió de su casa limpio, aseado, bien planchado. Apenas se nota el brillo de la espalda, que la vieja refregó con la caja de fósforos, pasándole después un pañito húmedo.

Al llegar a la puerta, ella, que salió para verlo de atrás como un artista contempla su obra concluida, le advirtió:

—Viejo, vení temprano, ¿eh?

Y él, sin mirarla dijo que sí, olió el pañuelo y se lo guardó.

Hacía treinta años que domingo a domingo se reproducía esta escena sin que nada anormal alterara el ritmo de las costumbres. El salía seguido de la mirada cariñosa de su vieja, volvía la esquina, presenciaba el partido y regresaba a casa feliz y tranquilo. Si todos los hombres pensaran un momento cómo salieron de su casa se evitarían muchos disgustos y contratiempos.

Pero esta vez... Cuatro goles!

Cuatro goles son algo que le despiertan los chiquilines a cualquiera. Cosa de otros tiempos, a los que se remontó con el espíritu y con el deseo.

Recordó cuando mozo. Salía también limpito y planchado. Entonces era la madre la que asomaba a la puerta para recomendarle:

—Antonio, volvé temprano, ¿eh?

Y él volvía siempre, claro está, excepción hecha de algún día en que como éste, se producían cuatro goles. En ese caso había que festejar. Dos o tres copetines en la cantina y un poco de pizza con vino. Después, la milonga que nunca estaba de más.

El cabaret! ¿Cuánto hacía que no lo pisaba?

Le entró como un hormigueo en el cuerpo. ¿Y si fuera hoy mismo? Hoy!... No se atrevió a exponer su plan así, en frío. Comenzó hablando del asunto como algo lejano pero no inalcanzable. ¿Y si fuéramos?

Los beyotos entran siempre al cabaret con un pasete retobado, tironeando de las piernas que parecen pegadas a la alfombra en una figura clásica de los viejos danzones.

Uno los mira e imagina en seguida el pantalón de trencilla y el pelo amontonado en la nuca.

Además, se desplazan en fila. Como cuidándose mutuamente la espalda. Parecen esos guitarreros muy aporreados que por cualquier lado creen ver venirse un panazo y al menor amago escurren la cabeza como tero de chacra.

Se sentaron duritos en el borde de la silla. Dan ganas de ponerle un bandoneón en las rodillas.

Y pidieron, después de un breve debate.

—Ginebra!

Como en aquel tiempo gaucho que se fue.

Las muchachas empezaron a mirarlos con familiaridad y los señorcitos se tomaron confianza. Ocuparon toda la silla.

—Ché, estás de suerte!

—No; si es para vos...

—Macana! La morocha te mira a vos.

—¿Te parece, ché reo?

La llaman a la mesa y los cuatro hombres se abalanzan a hablarle a un tiempo.

—Yo creo que la conozco...

—Sí, su cara no me es desconocida...

Todos la conocen. Cada uno quiere tener sobre los demás el privilegio de una relación antigua. Porque íntimamente cada uno se cree, también más favorecido que los demás.

La nena los escucha mascando algo. De repente lo escupe (era una bolita de papel) y se pronuncia:

—Bueno viejito; ¿pido algo?

—Como no!

—Sí, m'hija...

Están todos de acuerdo. Lo que dice uno es apoyado por el otro.

A veces uno termina la frase iniciada por otro. Están tan de acuerdo que parece que en una de esas se van a dar un beso.

La nena pide una copa. Después cigarros. Después otra copa.

Más tarde llama a una amiga... (Su cara no me es desconocida...) y los hombres se pasan una mirada de inteligencia.

—A este paso —parecen decirse orgullosos— nos traemos todo el cabaret.

—Como en aquellos tiempos!

—Que va a volver aquello; hoy son todos maricas...

El alcohol les va infundiendo un vigor inusitado. Los brazos están más fuertes; como cuando desmayaba en ellos la rubia Ivonne. Las piernas más ágiles. Como cuan-

do llenaban de medias lunas el tapiz de los viejos peringundines.

—¿Y por qué no va a volver?

Antonio se arrimó a la mariposa y le dio un beso en la nuca. (Los antiguos tenían un gran amor a la nuca). Allí le chocó un poco un extraño olor a frito. ¿Usaría algún collar de pasteles la nena entre casa? ¿O no era olor a pasteles? A ver...

Arrimó otra vez la cara, le dio un nuevo beso y la muchacha dijo entonces:

—Mozo; otro guindado.

No había duda; estaba con él. Los tiempos no pasan, no, para los varones que lo son de verdad. La competencia con estas calandracas de ahora, de pelo ondulado como nurses holandesas, de bigotitos de mosqueteros, le resultaba una carrera fácil.

Tanto que hasta pensó en provocarlos. Era lo único que faltaba para consolidar su situación.

Entonces llamó a uno y cuando el tipo se dio vuelta le hizo un ruidito con la boca.

Este no lo quiso creer y siguió viaje. Pero se repitió la escena y no tuvo más remedio que mosquear:

—Oiga; ¿es a mí?

—No; a tu tía.

—Usté está loco...

—Mirá...

Se puso de pie tambaleante Antonio; dio un paso como si buscara el suelo, afirmó el otro pie y cuando quiso hablar estaba en la puerta soplando el sombrero.

Los otros tres lo siguieron en fila, como habían entrado, mirando hacia atrás despectivos y orgullosos.

Habían dejado bien parados los prestigios de la guardia vieja. De aquellos tiempos en que se hacían de a cuatro...

A la otra tarde la vieja vio a Antonio conversando misteriosamente con los nietos y tuvo un ímpetu de alarma.

Se acercó con precipitación al grupo e increpándole duramente le dijo:

—¿Qué les estás diciendo a los muchachos? ¿Qué les estás contando que, a lo mejor, los pobrecitos se suicidan cuando se den cuenta de que tienen un abuelo tan estúpido!

LA PROPUESTA DE ITALIA

Su primera impresión se tradujo en un desprecio infinito hacia todo lo que le rodeaba.

Esa proposición para irse a Italia era lo único que le faltaba para graduarse de crack auténtico; era como el espaldarazo consagratorio. Y en seguida comenzó a sentir que este Montevideo que alguna vez le pareció tan grande y misterioso, ahora le resultaba chico, mezquino, despreciable. Era como un extranjero en su propio país. Le hubiera gustado salir a la calle con un revólver en cada mano a romper faroles. Experimentaba un raro impulso destructor, irrespetuoso, salvaje.

Así había asimilado la tentadora proposición del Ambrosiana. Pero, después que divulgó sus alegrías, después que confió su secreto a cada uno que le salió al paso, entonces, como si de tanto repartir su optimismo resultara que se quedó sin nada, comenzó a sentirse deprimido, sin ánimo, sin fe, para la empresa que supuso tan fácil.

Desde la ventanita de su rancho del Buceo en esta noche clara contempla el mar que lo separaría de la patria. Es ancho, muy ancho y muy negro. Mirándolo fijo da miedo.

Allá lejos, un vapor iluminado parece temblar sobre las aguas. Es como un gusano de luces que se arrastra penosamente en la noche. A bordo, todo debe ser alegría y bienestar. Mujeres bellas, sonido de copas finas, música, perfumes. El Cafún se sintió en ese ambiente. Se ve

sentado en el amplio comedor con la pierna cruzada y un cigarrillo que se consume lentamente entre sus dedos. La gente lo mira y comenta en voz baja: "es el crack que se va". Las damas lo desean. El señor pelado que las acompaña las increpa celoso. El, continúa displicente, observando el humo del cigarrillo...

En ese momento, El Cafún oye una voz familiar:

—Negro; parece que t' hubieras güelto poeta.

Es la grela que asomó su cabeza de nutria por encima de las cobijas.

—Qué gusto tenés en estarte en la ventana con este frío? Venite al poliye, venite.

Es la eterna Mimí criolla, afinada de pasar hambre, estilizada de lavar pisos, que tiene para todos un poco de amor y que en cambio no pide nada.

Adentro del rancho, hay olor a kerosén, a jabón amarillo y a polvos baratos. Siempre lo hubo, pero esta vez es más notable para El Cafún, embriagado por los perfumes imaginarios de aquella nave que se va. Que se va, tal vez, para Italia...

—Ay negro!; no tirés de las cubijas que me se piantan los quesos para abajo.

Allá, irá a vivir, sin duda, a algún hotel de lujo como esos que se ven en el cine. Mujeres llenas de pieles y caballeros de etiqueta pasarían por delante de su departamento y le dirían "Buona sera".

Su alojamiento tendría que ser muy bacán... ¿como qué? Abrió los ojos en la oscuridad buscando un símil y se le representó la piecita del rancho. Mentalmente, fue ubicando sus detalles. Ahí, a la derecha, el fonógrafo. Está gangoso. Quizás tenga las amígdalas inflamadas por el aire marino.

Al lado, la cortina que da para la cocina y donde todos se secan las manos. Así es que tiene ese olor a perro mojado. Atrás de esa cortina fue donde se le declaró a Leonor. Qué noche aquella! Eso no vuelve más.

Leonor no le daba beligerancia a nadie y eso acució su deseo. Esperó el momento, y cuando la halló sola le dijo:

—¿No me da un beso?

A lo que ella respondió resuelta:

—No acostumbro!

Sin embargo... en Italia las mujeres son más ardientes, según se dice. Y más dulces y poéticas.

Cuando le son infieles al marido, salen con un tulcito en la cara para verse con su amante. Así, al menos, está en las novelas. Después, el marido, que es un gran comerciante... (porque allá hay de todo; no es como aquí, que los italianos son lustradores o fruteros...) el marido, que es un comerciante o un abogado, —andá a saber!— la recibe en la biblioteca, paseándose con las manos atrás y le dice una punta de cosas en italiano.

—Viejo; ¿por qué no apoliyás? Parece que hubieras comido tachuelas —resuella de golpe la grela y vuelve a esconder la cabeza bajo las cobijas.

A veces, el marido engañado, jura que va a matar el amante y la mujer cae de rodillas.

Como aquella vez la Maruja. Se tiró para impresionar al "Casi - casi" pero se le clavó un maíz en la rodilla y dio un pique desorbitado. El creyó que la traía la carga y reculó; ella lo seguía para postrársele delante. Anduvieron así como cinco minutos. Al final, se arregló todo; la Maruja lo arrinconó contra la pared y se le arrodilló a los pies, diciéndole:

—Pegame, si es tu gusto, pero no me abandones.

Fue aquí mismo, en esta misma pieza. Esa noche había ravioles con caldo de cabeza porque teníamos visita. La que me tocaba a mí, llevaba un sombrerito redondo, pegado atrás, lo que la asemejaba a San Mateo con el redondel ese que se ponen los santos en la nuca.

—Estense cómodas —les dijo el "Finito" y les trajo una salida de baño a cada una.

Los loros se miraron, como si en vez de eso les trajeran perejil para que se suicidaran.

Las cosas del "Finito"! Fui yo quien le puse "Finito". Y a mí, ¿cómo me dirán en Italia? A Mascheroni lo llamaban "Tío" porque decían que era muy joven para llamarle "padre", apodo que le hubiera quedado mejor. A Faccio le pusieron "Tom Mix", porque usaba un sombrero muy ancho. A mí?... Quién sabe! Me gustaría algo así como Ventarrón o Tempestad.

Algo que diera sensación de fuerza, de pujanza, de avasallador.

—Ay, viejito! Sacame el codo de las costillas!...

Allá no hay costillas. Eso sí, dicen que escasea la carne. Y el mate también. Venden la yerba en la botica como medicina.

¿Y si uno se enferma? Es triste, che, morir lejos de la patria. Mirá Tito Frioni... Allá lejos... Pobre Tito! Sin conocer el idioma, sin un amigo de estos de aquí, que te dan un baño de pies por cualquier cosa y que te curan más con sus palabras que con sus medicinas! Y yo no sé. Total no es obligación irse. Si me quedara aquí viviría lo mismo. O mejor. Quién te dice? Lo voy a pensar un poco. No me voy a tirar así, a lo loco. Vamos a ver mañana.

LOS BRUJOS

Empezó por mirarme solapadamente. Cada vez que pasó por el lado de mi mesa, llevando el servicio para la cocina o trayendo de allí los platos humeantes, sus ojillos azules, aguados, viraron en redondo atrás de los cristales y se me fijaron un momento.

Pero parece que después tomó confianza porque ya no tuvo reparo en observarme con más atención.

Entonces experimenté un ligero sobresalto.

—A lo mejor, alguna vez me fui sin pagar —pensé— y éste es el instante fatal en que me identifica.

Miré alrededor tratando de imaginar la magnitud del calor que iría a pasar.

Era emocionante, dramático. La milanesa empezó a atragantárseme. Las papitas a estrangularme. El vino a resistirse.

Tuve la sensación de hallarme frente a un verdadero motín de comestibles.

Quizás se advirtiera de lejos ese azareo porque desde atrás de los lentes, los ojitos me sonrieron. ¿Era una burla, un ensañamiento cruel, o una muestra de adhesión?

La cara del mozo no lo dejaba discernir. A veces me parecía la de algún sabio húngaro que inventó alguna terrible ametralladora. Eso, cuando sonreía maliciosamente.

Otras veces semejaba una de esas fotos que salen en los diarios con la referencia expresa de que se trata

del hombre que mató a la viuda a martillazos mientras dormía. Esto cuando me miraba fijo.

Y por momentos se me ocurría nada más que un infeliz.

En un "impasse" de estos se me escapó a mí también una sonrisa de correspondencia y ya quedamos vinculados.

Desde allí para adelante, cada vez que pasó a mi lado dio una prueba de cariño, con un gesto afable, con una actitud ceremoniosa.

Hasta temí —quizás en un exceso de optimismo— que fuera a decirme un piropo.

El restorán se va quedando solo. Apenas cuatro o cinco ocupamos el pequeño salón.

Entre ellos, los lentes del mozo que atisban desde atrás de una cortadora de jamón, y yo.

Los lentes que me miran. Que se desprenden de la máquina, y espejean bajo los focos y se me acercan silenciosos, taimados, felinos.

Me recogí dentro de mi mismo. Como un caracol. Junté todas las fuerzas, físicas y morales, y esperé.

Entonces, oí su voz:

—¿Ganaremos mañana?

—Siií... — contesté con amplia confianza, rotundamente, con todo el ímpetu que tenía acumulado.

El tipo miró para atrás alarmado. Lo que vio a su patrón indiferente tras el mostrador, volvió a inquirir:

—¿Está bien Peñarol?

—¡Uf! Está macanudo, está!

Una sonrisa de satisfacción, amplia, generosa, le alumbró los ojitos de agua.

Y con disimulo se puso a revolver entre las mesas, a sacudir las miguitas, a acomodar las sillas.

Cuando logró una posición fuera del alcance visual del dueño, repitió con un gesto su sincero reconocimiento.

Se me representó aquella escena, no sé si auténtica o imaginaria, de los agricultores cordobeses, entrevistando en delegación a Martín Gil para pedirle que hiciera llover.

Este estaba igual. El también creía que porque los cronistas pronosticamos y comentamos, podemos hacer, incluso, ganar o perder un partido.

Para él debemos ser brujos. Y estaba realmente confiado.

No obstante, quiso asegurarse más:

—Esa línea de Peñarol es buena, ¿verdad?

—Sí! Es muy buena.

—¿Y la defensa?

Mejor todavía!

Cada respuesta llenaba más de gozo aquel semblante ingenuo. Empecé a temer que, de seguir así, reventara, salpicándome todo.

No hubo tiempo. El patrón, que ahora lo ha localizado, le pega unos gritos:

—Salga de ahí. Siempre con el maldito fóbal. Parece mentira, gandul!

Al tiempo que dice eso se aproxima.

—Estaba hablando de fóbal, ¿no?

Le hice una señal afirmativa.

El amo acentuó un gesto de desprecio, clavó la mirada llena de odio, en la puerta por donde había desaparecido el empleado infiel, se mantuvo así breves segundos en una pose digna, arrogante y volviéndose a mí repentinamente se explicó: ya en otro tono:

—Yo lo conozco a éste. Siempre Peñarol! Haciendo trabajitos. Pero atrás mío, ¿eh? Todo atrás mío. Yo le voy a dar... Peñarol no va a ganar; se lo digo yo —explotó fuera de sí.

—No, no. No puede ganar.

—¿Verdad? ¿Verdad que no?

El hombre se ablandó de golpe. Sintió que un gozo íntimo le conquilleaba en el corazón, que una dulzura inefable le embargaba el alma y como señal de agradecimiento sincero, me dijo con toda la ternura de que era capaz:

—Tome algo, señor. Sírvase de algo!...

ASI PASA LA GLORIA

—Me hacía notar el sordo desde nuestro observatorio — panza abajo en la arena—, el gran porcentaje que hay de mujeres bien formadas. Sin dejarse sugestionar, puede calcularse en un noventa por ciento el número de muchachas que, en la playa, exhiben un cuerpo armonioso, de líneas esbeltas, proporcionado.

Dice esto mi viejo Materia recordando que en su tiempo, no hace muchos años, el caso era totalmente a la inversa. Es decir, que la mujer bien proporcionada era casi una excepción.

La raza se va perfeccionando pues, y ello debe agradecerse exclusivamente a los deportes. Estas observaciones se las sugiere una preciosura que, desde hace cerca de una hora, está jugando delante nuestro.

Es una estatuita de oro. El sol ha madurado sus carnes dándoles un extraño brillo metálico.

Sus movimientos tienen un ritmo de música y suavidad de mariposas.

Sus pequeñas patitas rosadas parecían bailar una danza religiosa y a través de la bruma del mar uno cree ver encendidos los braseros del templo, envolviendo en una nube perfumada de mirra sus formas pulidas y perfectas.

Hay algo de sagrado, de subyugante y misterioso en la belleza de esa joven.

Hay algo de místico en nuestra admiración hacia eso que parece de origen divino. Hay un temor reverencial muy difícil de describir, frente a esa soberbia imagen humana.

El sordo y yo permanecemos absortos, mudos, en la contemplación. No la deseamos. Más que deseo inspira veneración y respeto. Estamos pendientes de todos sus movimientos, como si en ello fuera hilvanado nuestro destino. Eso, tan hermoso, se nos ha metido dentro y ha pasado a ser algo de nosotros mismos. Algo sagrado, sí.

Así, quieta, es un símbolo. Domina todo. Contrasta su magnífica apostura con la de ese perrito miserable y enfermo que se aproxima cansado, como para hacer más deslumbrante su grandeza. Son los dos extremos del vivir: la gloria y el fracaso.

Los dos extremos que completan el cuadro.

El perrito se acerca más. Mira sin ver. Y ahí se detiene. A su lado. Le huele las piernas, y...

La diosa dio un gritito, sorprendida.

Materia bajó la cabeza y con la frente sobre la arena me dijo calmoso y certero:

—¡Así pasa la gloria por el mundo!...

EL CRACK SE TIRA UN LANCE

Cuando se triunfa, cuando se llega a ser verdaderamente un campeón en cualquier orden de la vida, ésta se ofrece con un distinto sentido. Pierde mucho de aquel espíritu que la ha adelantado cuando se era modesto; más humano, más sensible. Se hace despreciativo y soberbio. El Cafún experimentaba perfectamente ese cambio.

Alguna vez se detuvo a pensar, por ejemplo, por qué no le tentaban ahora que podía comprarlos, aquellos churros que vendían a los lados de las canchitas humildes y que tantas veces se le hicieron agua en la boca.

En otro terreno, aquellos hombres que por su posición social o económica, le parecieron tan distintos de él y tan respetables, hoy los consideraba de igual a igual. Y mismo las mujeres eran otra cosa. Aquella noviecita, refugio de sus esperanzas y de su tristeza, rinconcito amoroso en su vida árida, hoy la quería, sí, pero veía asimismo que no era lo único en su existencia.

Y aquella otra muchacha del conventillo, que contempló con respeto y cariño como algo inalcanzable, muy por encima de su pobre condición, ahora no le parecía tanto. Más aún, la creía tan cerca que quizás bastara con estirar la mano para tomarla.

Así se transforma el hombre cuando triunfa. Así cambia su sentido de la vida y se amplían sus horizontes, antes cercados y mezquinos.

Desde la pieza entreabierta la veía pasar a cada momento, llevando y trayendo por el patio ropas, cacerolas, útiles de toda clase. Esa mujer no se daba descanso. Todo el día trabajando. Y lo que es más extraño, lo hacía sencillamente, sin sentir fatiga, sin levantar siquiera la cabeza más que para echarse atrás los rulitos de cobre que le colgaban graciosos sobre la frente.

Cuando esto hacía, suspiraba hondo y detenía su mirada azul en el cielo alto y sereno que se descorría lento sobre los muros. Quizás ahí mismo le asaltara también un recuerdo.

Había tenido un novio.

El Cafún oye muy cercano el eco de aquellos diálogos sostenidos contra la escalerita de caracol, que muchas veces llenaron de luz y de esperanza, las noches oscuras de su abandono.

El tipo llegaba balanceando el tronco, se quitaba de la boca el cigarrillo y el escarbadiente y le daba un beso.

En seguida ella inquiría dónde había estado hoy y él le respondía con la mirada atenta en su trabajo de limpiarse las uñas.

Poco a poco la conversación se iba haciendo más familiar, hasta que tomados de las manos él le preguntaba:

—¿De quién es esa boquita?

—Del negrito feo.

—¿Y esos ojitos lindos?

—Del negrito feo.

Todas las noches igual. Los enamorados son como las orquestas de biógrafo. En cada pieza el violín le pide el "la" al piano aunque toquen toda la noche juntos. Los novios hacen lo mismo. Se piden el "sí".

Un día, el novio no vino más. La muchacha apareció con una nena. (Las mujeres engañadas siempre son madres de una nena.)

Desde su pieza entreabierta El Cafún la veía trabajando todo el día. Hasta el anochecer. Entonces vestía sus ropas nuevas, el busto aparecía erguido y ese peinado por detrás de las orejas, exhibiendo una frente clara y audaz le daba una presencia impávida y soberbia. Este detalle había molestado un poco al principio al reo. El hubiera querido verla más humilde, más accesible.

—"Debe ser muy orgullosa" —pensó.

Más tarde, sin embargo, se acostumbró a ello y ya no le molestó. Antes bien, le resultó muy agradable. Y pasó algún tiempo y ya no tuvo duda. Estaba lo que se dice, metido. Tanto que su imagen chocó muchas veces con la de Rosina. Pero esa indiferencia!! Eso lo mataba. ¿No se había enterado, acaso, de quién era él? ¿No veía su retrato en los diarios donde se le calificaba de crack? ¿No se le había ocurrido pensar que muchas y muchas mujeres harían cualquier cosa nada más que por exhibirse un momento del brazo suyo?

Porque es cosa cierta que el crack deportivo tiene una seducción especial sobre las mujeres.

Sin embargo... Ahí tienen ustedes! El Cafún no hallaba la forma de entrar en conversación con aquella muchacha, cuya única preocupación parecía el trabajo doméstico. Ni adulando a la hijita, ni jugando con ella, ni ridiculizándose con payasadas para hacerla reir.

Acaso, regalándole algo?... ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Llamó a la nena con una sonrisa dulce, fingida. Entró a la pieza y buscó con la mirada.

Sus ojos se detuvieron en el despertador, pasaron a la palangana; de allí al rancho de paja colgado de un clavo...

No había nada.

¿Entonces?

Le vino una idea. Allí, bajo la mesita de luz tenía un montón de revistas viejas. Casi todas llevaban estampado su retrato de campeón. ¿Qué mejor que eso? Le daría un alegrón a la botija y además... (quién te dice?...) la muchacha hasta podría recortar su foto. Le dio la revista y esperó ansioso el resultado.

Por la hendija de la puerta vio a la niña cruzar gozosa el patio, dirigirse a su mamita, hablarle con su media lengua incomprensible.

Ella la atendió amorosa, le arregló el cabello, le tironeó del vestido hacia abajo.

Después reparó en las manitas, donde llevaba colgado el obsequio del Cafún.

Entonces, con un tono regañón, cariñoso, lleno de tierna reconvención, le dijo:

—¿Quién le dio eso a usté? A ver... ¿Quién se lo dio? Eh? Tire en seguidita esa porquería que debe estar llena de microbios!

Y haciendo, arrojó ella misma la revista que cayó a un rincón con las hojas abiertas, en un temblor de alas heridas.

UN MOMENTO EXCEPCIONAL

Entraron al Estadio muy serios: como correspondía a un matrimonio juicioso. Además, la gente que va al football de noche ya es seria de por sí. Parece que con la ausencia del sol se ahuyentara también la alegría bulliciosa de las tribunas. El público nocturno es grave como el que concurre a los cines.

Entraron muy serios y desaparecieron entre la gente.

Pero fue llegar Nacional al field y el hombre, como impulsado por un resorte, se puso de pie.

Lo saludó con un aplauso frenético. Después chupó violentamente el cigarrillo y cuando el fuego estuvo bien vivo sacó algo del bolsillo. Era un cohete.

Un golpe de viento le descolocó el sombrero que el tipo manoteó pegándolo sobre la cabeza, todo torcido, con la moña para el frente. Parecía un tricornio. Arrimó el cigarro a la mecha y antes de que arrojara el cohete explotó en su mano.

En seguida otro. Y otro. Está poseído por un furor pirotécnico que le embarga los sentidos.

La señora sentada, lo observa. Uno supone que lo estará juzgando mal, que íntimamente se sentirá avergonzada de las chiquilinadas de su esposo que, a lo mejor, en la vida privada, es un correcto profesor de aritmética.

El gesto de la dama no es expresivo en ese sentido. Está tan estirada que es difícil saber si se halla conforme

o no. Está tan estirada como su vestido nuevo. Su gesto, como éste, es el de salir, no el de entrecasa.

En tanto el esposo sigue arrojando cohetitos en medio del buen humor general.

Deben estar mojados, o tener tierra, o algo raro les pasa, porque algunos revientan ahí mismo, pero otros parten rectos hacia el cielo y otros vuelven atrás y explotan sobre el mismo operador, dando una vuelta de carnero.

La gente está muy contenta con ese espectáculo. Casi diríase que se burla de ese ingenuo partidario. Y ríe y lo aplaude.

Entonces la señora, con esa expresión digna que no la abandona, disimuladamente mira de reojo a su esposo, le da un tirón del saco y ahuecando la voz le dice:

—Viejo; tirá el petardo.

Y la mirada del hombre se ilumina y busca de nuevo, nervioso, en los bolsillos y extrae un cohete más grande y lo arrima al cigarro con la ansiedad y la avidez de un sabio que espera el resultado de su invento.

El matrimonio ha vidido su cuarto de hora fuera de la vulgaridad.

EL REMATE DEL "PUR SANG"

El caballo debe tener un mal concepto de nosotros, los hombres. Somos egoístas, interesados, envidiosos, malagradecidos. Tenemos, incluso, una punta de defectos más que son ajenos totalmente a la especie equina. Con toda razón, pues, el caballo ha de burlarse de que nos llamemos a nosotros mismos "el ser más perfecto de la creación". Perfectos? Perfectos qué?

Esto me hacía notar el sordo Materia —mi bueno y consecuente sparring-partner— una tarde en un remate de Maroñas.

Estaba en el tapete un hermoso racer oscuro, de movimientos nerviosos, de ojos vivaces.

El hombre que presidía el abigarrado y extraño círculo de caras curiosas, hizo un sincero y expresivo elogio del bello animalito. Recordó su padre y su madre a quienes también dedicó sentidas frases. Hizo mención a su campaña en las pistas y a las hermosas dotes naturales que lo adornan. Y cuando todos creíamos que llegaba el momento de hacerle justicia colgándole una medalla en el pecho, el orador termina su discurso con estas palabras:

—Y bien, señores: ¿cuánto dan por este animal?

No sólo a nosotros chocó el ex abrupto. También el caballo levantó en punta sus orejitas y por sus ojos

húmedos de niño pasó una nube de sorpresa, de amargura.

Sabía sin duda, de qué se trataba porque rápidamente recorrió con la mirada el redondel de espectadores. Quizás procurase adivinar en los rostros a su nuevo propietario.

Cuando llegó a nosotros el sordo hizo un movimiento de hombros que quería significarle:

—Y bueno; tené paciencia, hermano!

A ver, señores; ¿cuánto vale el hijo de Asteroide? Nuevo vejamen que el equino recibió con una mueca de resignación.

"El hijo de Asteroide"...

¿No tenía él acaso una personalidad propia? ¿No la había mencionado ya el mismo rematador, destacando sus cuarenta carreras ganadas y no sé cuántos placés? Entonces ¿a qué diablos apelar a su padre para darle brillo? Era hijo de Asteroide, sí, y a mucha honra.

Pero sentía sublevársele los nervios ante esa referencia, humillante para su orgullo tanto como para los hombres es enaltecedor eso de que...

—Es el hijo del gerente. ¡Araca!

—Mil pesos, mil pesos... ¿no vale más que mil pesos este precioso animalito?

Efectivamente es precioso. Sus líneas son armoniosas, sus movimientos elegantes, su gesto noble y distinguido.

A su lado uno se siente empequeñecido, avergonzado de su fealdad.

Lo pasean de la brida para que lo veamos en todos sus detalles.

Como en las antiguas leyendas paseaban una mujer desnuda y espléndida entre un círculo de mercaderes barbudos y panzones.

—Mil cuatro, mil cuatro... Mil cuatrocientos pesos por el hijo de Asteroide? Vamos señores! El rematador está por perder la paciencia y el caballo también. Ahora nos desprecia resueltamente. Ahora nos odia.

Porque si para él era ya una humillación eso de que lo remataran, ahora es una ofensa y un agravio que se le infiere al cotizarlo tan bajo.

Nos odia y eso me alegra, porque disipa un poco la piedad que el sordo y yo sentíamos por él.

—Mil cuatrocientos cincuenta, mil cuatro cincuenta... Y se fue.

Cuando nos apartamos de la barandilla, un pibe nos dijo:

—Es un clavo. Está todo remendado, está...

EL ASAMBLEISTA

Es una lástima que los filósofos no se hayan acercado aún al fútbol. Rico como es en personajes, en caracteres, en psicologías, habría allí un abundante y magnífico material de estudio, desde el dirigente hasta el hincha, pasando por referées, jugadores y boleteros.

Si los filósofos hubiesen llegado hasta el fútbol, uno de los elementos que primeramente habrían atraído su atención hubiera sido, sin duda alguna, el asambleísta. Vengo a descubrirlo yo ahora, que tantos y tantos he debido tratar en esos días de agitación y expectativa.

El asambleísta del club de fútbol es un parlamentario que se quedó en gestación. Como esos cachorritos a los que se emborracha para que no crezcan. Como el que, sintiendo bullir en su alma la inspiración poética, la vierte en esas charadas que dicen: "Un, dos, seis, minga total, alcanzame la esco... tres, dos".

De haber tenido un poco de suerte hubiese sido diputado. De haber nacido en otra época, habría sido un orador revolucionario. Porque dentro de sí siente cruelmente las injusticias sociales, la opresión del pueblo por los amos.

Muchas veces se paró frente al espejo de la cómoda y allí, observando sus cejas pobladas, su mentón firme, dividido en dos por una zanjita igual a las naranjas de ombligo, vio, en sí a un reivindicador de los derechos del hombre. Para hacer más completa la imagen

quizás hubiese faltado una música de fondo, como la que tocan en las películas cuando una diligencia cruza el valle desierto o cuando el cowboy se despide de su hija que va a estudiar a Nueva York. Sin embargo, no es absolutamente necesario eso. El tipo ve que le falta algo, sí, para estar completo. Entonces saca un escarbadiente del bolsillo de adentro y se lo coloca a un lado de la boca.

Estos días su mujer lo ha encontrado preocupado.

—¡Viejo; vos tas enfermo!...

Y él sonríe desdeñosamente, amargamente:

—Toy enfermo, sí... Enfermo de injusticias! Pero me digo para mi colecto que no será una voz anónima la que se levante proclamando el respecto múctuo.

Y ella, confundida, enternecida, le dice:

—¡Ay, viejo! Hablás igual que cuando éramos novios.

El día de la asamblea el hombre se siente maduro. Maduro en sus razonamientos y en su personalidad.

—"No conseguiremos nada con andar hablando a escondidas, porque a los grandes, a los que mandan, no les perjudica que se hable mal de ellos. Usted diga lo que quiera de Hitler, que él seguirá siendo Hitler. Pero si dice lo mismo que de Hitler, de algún pobre hombre, en fija que lo echan del empleo por inmoral. A los grandes hay que darles en la cabeza, pues".

Este programa de acción le conquista algunos adeptos, que lo escuchan con los ojos muy abiertos y el sombrero hundido hasta las orejas. Con las manos en los bolsillos, se rascan.

Y entra a la sala rodeado por su escolta. Habla uno al que no se le entiende nada. Esto también es muy común en las asambleas. Cuando su pensamiento más o

menos se aclara, vemos que su intención es sacar a Gestido de back. Entonces el hombre —nuestro hombre— se levanta furioso, como una tromba y en medio del torbellino se hace oir:

—Señor presidente: hago notar que está fuera de la cuestión.

Y se sienta de nuevo, satisfecho, con un gesto que parece significar: "No sé qué sería de éstos si yo no estuviera aquí!". Porque, en realidad, a través del debate, por la forma como lo sigue, por su actitud de censor, da la impresión de que posee algún secreto que utilizará a último momento. Viene a hacérseme presente por analogía un secreto en materia de entrenamientos, que tenía Ondino Viera. Una tarde en el Parque, me tiré un lance y le pregunté cuál era. Ondino vaciló un momento; miró, sospechoso a los lados, para cerciorarse de que nadie nos oía y entonces con el índice se tocó una mejilla, sin decir nada, como hacen los novios cuando quieren un beso.

—¿El qué', ché?

Se pegó dos veces más con el dedo en la mejilla. Y cuando creyó suficientemente, tensa mi expectativa, se me acercó al oído y recalcó:

—Los mo-la-res.

—¡No diga!

—Sí señor; en los molares está el secreto de mi sistema de entrenamiento. (Esperó un momentito a ver qué efecto me producía y siguió): Sin buenos molares no hay buena masticación; sin buena masticación no hay buena digestión; sin buena digestión no hay buena nutrición. Y sin buena nutrición no puede haber buenos atletas.

Esto recordé frente al asambleísta por su actitud de superioridad.

Esto mismo seguí pensando hasta que se levantó la sesión.

Ya en el tranvía, el hombre va explicando a su escolta:

—Yo se lo dije claramente; sí señor! Usté está fuera de la cuestión. Porque yo no tengo pelos en la lengua y me gusta llamarle al pan, pan y al vino, vino.

Y respiró fuerte, henchido, satisfecho, como si viera ya reivindicados por su esfuerzo los derechos del hombre, y concluyó:

—Les garanto que hemos ganado una gran batalla.

FALTA UNO: EL OREJA

Ya no quedan dos calles iguales en este barrio mío, que vio desfilar a los descamisados del Lusitania tras la bandera de la franja roja estremecida por los cantos de guerra.

Su misma esquina ha cambiado. Todo; hasta los muchachos que hoy con amor y fe, volvieron a dar vida al viejo cuadrito apagado en el olvido.

Pero se conserva igual, querida y respetada la franja que yo también me crucé al pecho y con la que sentimos al corazón tartamudear quién sabe qué palabras de dicha, de fe, de esperanza.

Los estoy viendo desde mi ventana.

Comentan y hacen proyectos, y al paso de su optimismo infantil van quedando los adversarios tendidos como ropa al sol.

Los estoy viendo tan cerca que creo oir sus palabras. Han de ser las mismas que nosotros dijimos antes, mientras el paquete de "Cubanita" o "Ferriolo" rodaba de mano en mano.

Iguales proyectos, idénticas esperanzas que después fue borrando el tiempo.

Lusitania!; mi primer cuadrito.

Ahora, a la luz del farol que desdibuja los rostros y los enmascara con las sombras de los ramajes medio pelados, me parece reconocer a aquellos muchachos amigos.

Están todos en rueda; con las piernas desnudas, en zapatillas; con el pelo sobre la frente y el pescuezo sucio.

Falta uno solo: Julio Rimolo.

El bueno del Oreja que se fue con su andar cachaciento, arrastrando las alpargatas y con el lomo encorvado como si le pesara la vida.

Nunca pude explicarme bien de dónde sacaba Julio esas fuerzas que derrochaba a manos llenas en las peladas.

Una mañana que, como todas se había levantado a las cuatro para ir al mercado, me decía mientras arrastraba penosamente el carrito de la verdura:

–Yo no sé. Aquí todas las calles son subidas. No vendrá alguna bajadita?

Y esa misma tarde estaba agrandándose ante el fierro y ante la adversidad en la quinta de los Perales. Pobre Julio!

Falta él sólo. Los demás están todos ahí, aturdiendo con sus gritos hasta que don José, el del almacén, les mande un balde de agua con olor a vino.

Entonces se desparramarán insultando.

Está Angelito Silveira, los Monzani Nicolari, los Rimolo, Angel, Bobino, Totola, el Tenderito, mi hermano...

Está ahí, firme, el viejo Lusitania en el espíritu de los nuevos muchachos que comentan y hacen proyectos igual que nosotros antes.

Habíamos conquistado de asalto un terreno triangular cerrado por las calles Pereira, Manuel Haedo y Diego Lamas.

A quien le tocaba el arco de la punta iba aliviado en los corners porque no podían tirarse.

Pero en cambio, los locatarios, que teníamos tanteado el campo, no errábamos un goal, tirando de baranda contra el alambrado que producía distintos efectos.

Eran terribles las goleadas que administrábamos. Y allí, en el triángulo, quedó despanzurrada la fama de los mejores valores del momento.

El Pampero, el Huracán, el Juvens, el Recluta, el Peñarol Pocitos, en fin, fueron sometidos a la prueba del triángulo fatal.

Ya nos habíamos agrandado mucho para caber en ese terreno fifí, rodeado de casas.

Entonces, —vaya a saber cómo— dimos con el Bileno, un campo abandonado que se extendía bajo la torre de William Poole. Allí empezó el Lusitania a vivir intensamente su vida.

Y en ese momento histórico se confeccionó la bandera social, que inmediatamente recibió su bautismo de sangre.

Ganamos bien aquel partido. La banderita nueva, pura, inmaculada, flameaba clavada en el suelo mientras nos vestíamos bajo los ombúes. Pero la bronca de nuestros vencidos tenía que explotar en alguna forma. Y sucedió. Uno, agarró un conejo muerto y lo tiró contra ella. Hubo un momento de estupor antes de que reaccionáramos. Después, Nicolari, tranquilamente tomó el conejo por las patas de atrás, se dirigió al osado que había afrentado nuestra insignia y se lo pegó en la cara dejándoselo colgado del pescuezo como una bufanda.

E inmediatamente el campo se encendió en una revolución.

De entre todo aquello, me ha quedado grabada la estampa del cojito Primo repartiendo fierro con su pata de madera.

Parecía un dios semi bárbaro, un dios de exterminio a cuyo paso se inclinaban los hombres desmayados, apretándose la barriga.

Volvió el Lusitania al barrio que lo vio nacer, desde mi ventana creo reconocer a aquellos amigos que juntaron sus corazones alrededor de la franja colorada.

Falta uno sólo. El Oreja; que se fue cacheciento, arrastrando los pies, alto y huesudo. Que se fue demasiado pronto!

Porque... quién sabe! A lo mejor, esta vez, sí, agarró la bajadita...

UN DUELO

Siempre se me ha ocurrido que el duelo es algo ya de por sí aterrante.

Dicen que a veces las pistolas van cargadas con balas de grupo y se cita el caso de caballeros que, tocados en el centro mismo de la frente, tuvieron un momento de estupor.

—¿Cómo? ¿No estoy muerto?

Y al llevarse la mano a la herida se encontraron con que tenían pegada una migaja mojada.

Muchos casos igualmente amenos se citan.

Pero no se me va a decir que haya alguien a quien no se le levanten las patillas al encontrarse frente al caño de una pistola que le apunta fría y serenamente, por más que en el fondo del alma tenga la pequeña esperanza de que la bala sea de corcho.

Yo, felizmente, tengo pocas probabilidades de batirme. Y esto lo haría muy exigido aunque fuera en un caso como el que se cuenta de Lalo Castro.

En los tiempos en que Lalo Castro enseñaba desde el centro de la delantera nacionalófila el camino del arco, con sus shots fantásticos que mandaban la pelota al arroyo, en ese tiempo el asilo de huérfanos tenía un torno que daba a la calle y donde las madrecitas, avergonzadas por su pecado, despedían con lágrimas el fruto de su amor.

Era cuestión de colocar allí al niño, dar vuelta el torno y tocar el tiembre. Nada más. Y entonces un mundo se abría entre ambos.

Una noche de esa época, el popular artillero salió de farra con sus amigos.

Pero, como sucede siempre en estos casos, había allí un agregado imposible de apartar. Era un petizo retobado y gritón, que no hacía más que hablar de mujeres y peleas. Se ensayaron varios sistemas para alejarlo. Todos fracasaron.

Había que ir, entonces, a soluciones extremas. Al llegar a los fondos del asilo una inspirarión súbita resolvió el problema. Lalo se acercó al petizo con la cautela de quien va a robar una gallina. Lo palmeó; le acarició el plumaje, lo levantó cariñosamente, lo colocó en el torno y dio vuelta. Y un mundo quedó entre ambos.

La cosa no podía quedar así no más. Quien tanto había hablado de peleas y de mujeres, debía tomar una resolución enérgica. Debía probar que era varón. Entonces mandó sus padrinos. Y el duelo quedó concertado.

La solemnidad que rodea estas cosas pone los pelos de punta. Se presentan dos tipos vestidos de negro como un anticipo del empresario de pompas fúnebres. Después, entre cuatro o cinco tipos, también vestidos de negro, uno desembarca en un bosque donde árboles altísimos y graves y negros, atajan el sol, y donde el canto triste de los chingolos parece darle un adiós a la vida. Es una situación terrible. Es un momento dramático.

Se hicieron los preparativos. Los adversarios se colocaron a distancia. Debían cambiarse dos tiros. El mie-

do, muchas veces se manifiesta en una impetuosidad irrefrenable. Lo hemos visto en todos los deportes y en el boxeo especialmente. Quien lleva las de perder es el que ataca primero, como si quisiera así, apurar los minutos. Y el petizo, ni bien se vio en posesión de la pistola, apretó el gatillo una y mil veces. Pero allá, en el otro extremo, Lalo permanecía de pie.

La visión era horrenda. Ese tremendo muchacho, bajó la pistola tranquila, fríamente. Al llegar a la altura de la cabeza del petizo se detuvo. Sobre el caño, éste veía un ojo abierto, frío también, como el propio ojo del arma. Empezó a nublársele la vista. El ojo se acercaba. Cada vez más grande, más grande y más negro. Ya no era un caño de revólver; era un caño maestro. Por él hubiera entrado su cuerpo tembloroso y habría tocado ese plomo que estaba en el fondo, pronto para salir contra él. Sintió que el vientre se le hacía agua. Los padrinos olfatearon en el aire y después se miraron la suela. Y siempre ese caño ahí enfrente.

De pronto oyó como una voz del cielo:

—Rajá otario; que este bárbaro te mata!

El petizo miró a los lados, todo el bosque de luto; miró al frente el ojo de la muerte que le guiñaba, miró atrás el camino blanco, lleno de luz y de vida. No pudo contenerse. Tiró el arma y rajó. Una carrera loca, fantástica. Los talones le pegaban en la espalda. El pecho se le llenaba de aire, de gozo, de sol.

El episodio terminó ahí no más. Ya se entiende que fue una broma en la cual, el único ajeno fue el petizo.

Pero desde que me contaron esto, yo, cada vez que veo un revólver en una vidriera cruzo la calle.

EL SORDO RIVERO

De aquella época en que conocíamos los libros por su título y no por su autor, me quedó grabada una escena que describía Anatole France y que ahora viene a ser reproducida, en su espíritu, en la vida real.

Tratábase de un niño que fue a meter el dedo en la jaula de un loro, donde recibió el consiguiente picotazo. El primer impulso vengativo que le acometió fue tomar la jaula y deshacerla contra el suelo. Más tarde algo serenado, pensó darle una ramita de perejil para hacer más penosa su agonía. Por último, su refinamiento fue más allá. Se paró delante del cotorrón y señalándolo con el dedo picado, le dijo:

—Me vengaré de ti, dejándote vivir.

Esto, que siempre me pareció nada más que una frase, es lo que supo reproducirlo en hechos vividos. Cuando Peñarol se aseguró el pase del jugador Cámpora, el sordo Rivero estaba que explotaba de indignación.

Como buen peñarolense, no veía con buenos ojos esa amenaza para el team. Porque hinchas de la categoría de Rivero, no abundan. Ya saben ustedes que siendo conductor de tranvías se le distinguía con el calificativo de "el guarda de la bufanda", por el trapo aurinegro que invierno y verano llevaba enrollado al pescuezo. Era muy frecuente, en aquellos días, verlo detener su coche en la mitad de la cuadra, donde se ponía a discutir con algún amigo el equipo para el domingo. Hasta que un lunes de mañana se le quiso hacer víctima de una cruel humorada. Peñarol había perdido la tarde anterior con

Nacional. Rivero estaba en esa plataforma que echaba chispas. Cada talonazo que daba en la campana le hacía caer las medias. Entonces encogía una pierna para levantárselas con un par de manotazos. Como los gallos cuando se pisan el ala. Cada vez que enroscaba el freno, el tranvía saltaba como un gusano y los pasajeros se daban la nariz en el banco de adelante. De repente, al pasito ratonero de un jamelgo huesudo, ve cruzársele una jardinera de panadero. Le dio las campanadas de aviso y el carro ni se movió. Volvió a tocar y el otro como si nada. Se acercó más para gritarle y entonces la indignación se le subió a la cabeza como una oleada de sangre. En gruesas letras doradas, la jardinera lucía este aviso: "Panadería del Parque". Al lado un dibujito en que varios jugadores con la blusa alba, petizos y pantorrilludos como los pintaba Goya, corren atrás de una pelota. Rivero paró el coche en seco, dejó que el osado tomara distancia y cuando lo tuvo a veinte metros embaló a toda marcha su motor y lo levantó en el aire. Saltó la jardinera en una rueda; después en la otra. Era una danza tirolesa. Y los panes volaron en todas direcciones. Algunos creyentes se arrodillaron suponiendo que se reproducía el milagro aquel de la lluvia de panes que dice la Biblia. Pero a Rivero lo echaron de la empresa y desde entonces, recogido amorosamente en su seno por el decano, presta servicios domésticos en esa sede. Bien; un hombre que así se juega el puesto, y quizás algo más por los colores de sus preferencias, es de un partidismo a toda prueba. Por eso nos explicaremos que haya recibido con temor y con rabia, la novedad de que Cámpora —elemento discretísimo— jugaría en Peñarol. Y se propuso impedirlo. Vaya a saber las noches que se pasó, sentado en el baúl, tramando su venganza! Porque no era cosa fácil. A Guz-

mán, por ejemplo, porque no era artillero como le gustaba a él, lo castigó haciéndolo bañar con agua fría. En cambio a Tellechea, el "Burro Chico", –como le llamaba, por analogía con el "Burro Grande" que era Young –, le mandaba el agua caliente al dormitorio apenas se levantaba. Con Cámpora, ¿cómo haría? Quizás hubiese desistido de su venganza, pensaron todos, porque de un día para otro fue fundamental el cambio que tuvieron sus relaciones. Cariela le decía:

–Che Rivero, ¿no me hacés un churrasquito?

Y Rivero le contestaba solícito, cariñoso:

–¿Cómo no, Carielita? Pero en vez de churrasco te via'cer una tortilla, que a vos te gusta más. Después te comés una minestra que tengo ahí, macunuda y, de postre un poco de budín. Está riquísimo, está!

El sordo Rivero se había transformado en un verdadero padre para Cámpora. No le dejaba desear nada. Sus menores caprichos eran satisfechos y con una ternura verdaderamente conmovedora, con un orgullo que sólo puede sentir quien cumple con su deber, veía al muchacho ponerse fuerte, ancho, rosadote. Por eso me pareció muy justo que hiciese conocer a los periodistas, su gestión ya concluída. Y una noche, en la sede, agarró a Pedrito Filevich y le musitó misteriosamente:

–Decile a El Hachero que a Cámpora lo tengo tan gordo que ya no puede jugar.

Se apartó, miró para los lados, y siguió siempre en secreto:

–Y avisame cuando sale publicado así me gasto dos vintenes en el diario.

El sordo Rivero había consumado su venganza con un refinamiento superior al del niño imaginado por Anatole France. Y Rivero no sabe leer ni escribir!

LA CADENA

Me buscaba con la vista. Primero en el ring-side; después en las plateas, por último en los rincones. Y cuando me hallaba, venía a mí sonriente y me decía:

—Che: mirá que volví a entrenarme.

—Entonces digo algo en el diario.

—Sí, sí; decilo no más.

Pasaba un mes, dos, seis. Del muchacho ni noticias.

Hasta que en otra velada, volvía a ver su pescuezo estirado por sobre todas las cabezas, los ojos muy abiertos, buscando algo. Buscándome.

—Che: vuelvo a entrenarme, ¿eh?

—¿Sí?—

—Sí; si querés haceme un articulito.

La vuelta de un boxeador es siempre difícil.

Más que nada, reintegrarse a los rigores del entrenamiento, ahí en la soledad de una academia, con olor a oso, oscura, triste, cubierto de pies a cabeza con gruesos abrigos. Todo eso es un verdadero sacrificio para quien ya tiene extinguida la llama de sus primeros entusiasmos de pibe. Por eso yo le hacía invariablemente el articulito. Quería animarlo. Y por eso también, no me extrañaba que una vez tras otra fuera posponiendo la fecha de su regreso.

Aquella noche fue la décima, en el espacio de dos años estériles en que vi asomarse en el lado opuesto del ring, sus grandes ojos que me buscaban.

Lo esperé. Y cuando lo tuve cerca lo atajé.

—Ya sé —dije— volvés a entrenarte...

Le dio vergüenza que lo adivinara así. Bajó la cabeza.

—Sí; este... Sabés lo que pasa?

Entonces me contó:

—La rea... ¿m'entendés? Viviendo con la rea no puedo entrenarme. Eso lo sabés bien. Entonces, cuando nos enojamos empiezo. Cuando vuelo al lao de la vieja!... Vos no sabés las promesas que me hago para mí mismo! Y empiezo con fe, te juro. ¿Pero qué pasa? Que ella ve mis retratos en los diarios; ve que vuelvo a peliar y hacerme popular y entonces le entran ganas de amigarse, ¿m' entendés? La rea!... Es una cadena. Si no peleo se aburre de mí, de mi vida anónima y me deja; y si peleo, se entusiasma de nuevo, se tienta con esos mismos articulitos que vos me escribís, me quiere para ella y así, no me deja peliar. Es una rueda. ¿M' entendés? Es una cadena... Chá mujer que le tengo rabia aunque en el fondo la quiera!...

EL PLACER DE LA RECONCILIACION

No estoy de acuerdo, en manera alguna, con los que nos suponen un pueblo de hombres tristes, enojados, peleadores. Antes bien; somos todo lo contrario. Y más civilizados de lo que se nos cree; de una civilización que llega al refinamiento. De allí esa apariencia de regañones, que a menudo suele convertirse en realidad. Porque el regañar da motivos, luego, a la reconciliación que es uno de los placeres más gratos que puede disfrutar el mortal.

Hay amigos que apenas se toman unas copas empiezan a reconvenirse, a reprocharse mutuamente hechos pasados, para luego reafirmar su amistad con una reconciliación amplia. Hay muchachas que se enojan con su novio porque al estornudar le saltó un botón de la pretina, un suponer, para después gustar del inefable deleite de amigarse de nuevo.

Hay, en fin, muchos ejemplos diarios que dicen lo importante que es, dentro de nuestros hábitos, dentro de nuestra vida, eso de la reconciliación.

Lo habremos visto con frecuencia en algún matrimonio amigo.

Vos conociste sus amores. Eran dos muchachos del barrio. Más de una ocasión ella, viendo como se prolongaba indefinidamente la fecha del casorio, te habrá hablado de él en forma despectiva:

—Dejame, que para lavar platos no necesito casarme!

Más de una vez, él también, atormentado por esa idea te ha dicho:

—Ufa! Hay tiempo para esclavizarse y de ñapa tener que mantener a una mujer!

Ahora, pues, al tenerte ahí enfrente, fresquito, afeitado y soltero, se acuerdan de aquello, se sienten medio inferiorizados en tu presencia y hacen lo posible por demostrarte que si entraron por el aro fue porque era muy distinto a lo que suponían. Que no hay platos que lavar ni esclavitud que soportar.

Entonces, bastan unas pocas palabras dichas con cierto énfasis para que el reo cónyuge termine hundiéndole una sopera en la cabeza a la consorte. Con ese casco de aluminio parece el Primer Adelantado. También lo parece por su empaque. Busca en el suelo con que replicar la agresión y, encontrando al gato dormido, se lo pega en la cara al hombre. Y así, estuvieron, luego, todo el día sin hablarse, observándose de reojo, largándose pullas:

—Vecina; hoy está brava la chancleta, —decía ella, señalando con un gesto las de su marido donde asomaban dos talones redondos y amarillos como naranjas.

Y él, dirigiéndose también a la vecina, observaba atinadamente:

—Hay personas que deberían sacarse las liendras antes de hablar...

Pero sucede, —y esto es habitual—, que la vecina se solidariza con la mujer, ("porque las mujeres deben ayudarse entre sí, y si no es una que cuida de una, está bien arreglada"), y en ese tren, se exalta:

—Callesé usté que debería darle vergüenza lo que hizo, que es cosa bien de cafisio y no de hombre.

Entonces, la cónyuge, indignada, saca de la tina una media que estaba fregando, y se la cruza en el pescuezo a la vecina.

Ese es el primer paso hacia la reconciliación matrimonial. Y esa misma noche, en la cama, ya oscurito, él le tantea amoroso los chichones del balero y le pregunta con ternura infantil:

—Y... y... y... ¿quién le hizo chás chás a la nena?

Y ella responde mimosa, subyugada:

—El papuchín malucho!

(Es una sinfonía en ch.)

Así se desarrollan inevitablemente los sucesos tanto en las clases modestas como en las elevadas. La paz continuada, permanente, empalaga y aburre. Esos recién casaditos, por ejemplo...

De repente la nena, que fue criada muy mimosa, le suspira desde el sofá, a su maridito que está leyendo el diario en la otra pieza.

—Papito!

Y él murmura:

—Queé?

Hay unos instantes de silencio y expectativa en que sólo se oye el acompasado tic-tac del reloj. Luego, se repite el llamado de la joven esposa:

—Papiii...to!

Y vuelve él a contestar: "Queé?", y deja el diario sobre el sillón y se dirige hacia su tierna compañera. Entonces ella, cada vez más almibarada, con un gesto de infantil estupor, señala con su dedito rosado una mesa próxima y medio solloza:

—Papito: esa mosma me está mirando.

El tipo siente que se le sube como un fuego por la cara. Queda un minuto perplejo. Pero en seguida recuerda que ella fue criada muy mimosa, recuerda las palabras de la suegra: "Cuidemelá mucho, que se lleva usté un tesoro", y sobre todo, la ve tan linda ahí tirada entre los almohadones, que se transforma bruscamente, él también, en un niño:

—La mosca se la quele comel a la nena?

—Chí!

—Yo le voy a dar a la mosca pícara. Que se cré? Que le va 'cel nana a la nenita?

Esta o muy parecida es la escena que se repite día por día. Parecería, a través de ella, que se vive en la más grande y dulce armonía. Pero tanta dulzura empalaga, como digo, va gestando una reacción íntima, va originando cierto odio, y otro día... El está también leyendo el diario. Quiere decir que se halla en pleno preparativo de guerra. Cuando estaba enfrascado en el estudio de una nueva careta contra los gases, le llega la vocesita familiar y querida:

—Papito!

Y él responde con sequedad:

—Qué hay?

—Otra mosca...

Y ya no aguanta. Desde allí, nomás, pela el revólver, le manda un tiro a la mosca, arrancándole el barril de la cabeza a un negrito de terracota que le regalaron cuando se casó. La mujer, sin saber cómo, fue a dar al gallinero. Y desde ese día se acabó la ficción, se terminaron las violencias y los mimos para quererse limpiamente, sin moscas, como Dios manda.

Lo que viene a demostrar, además, en ambos casos, la necesidad imperiosa que existe de romper de cuando

en cuanto, las relaciones, para reanudarlas con mejor orientación.

Porque en amor, lejos de correrse un riesgo desagradable con estas cosas, se contribuye a afianzarlo, a hacerlo más firme. Es cuestión, nada más que de presencia de ánimo. Tengo siempre en la memoria una escena ejemplar en este sentido. La turra se le sentó al borde de la cama a mi socio, que en ese momento daba vuelta la pisada al mate y le dijo sencillamente:

—Mirá, nene; ¿pa qué te viá engañar? Te lo digo claro y chau: ya me tenés harta con tus versos y hace tres días que no prendemo el primu. Lo mejor es cada uno por su lado y chau.

Sin darle tiempo de reflexionar agarró su atadito y salió presurosa. Desde la cama, mi amigo quedó mirando la puerta por donde había salido, aún abierta, aún con el perfume de ella, fresquito el recuerdo de su figurita menuda, y recién entonces pudo hablar. Le salió como un grito:

—Eh! vo... la puerta!

INDICE

Este volúmen de la colección
Bolsilibros ARCA, fue impreso
en Corporación Gráfica, Gaboto 1670,
en Noviembre de 1966.